

DIANE FREEMAN

SNAKE

Aguilas del Diablo: Salvación



SNAKE

Águilas del Diablo: Salvación

DIANE FREEMAN

Derechos de autor © 2023 DIANE FREEMAN

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

"No sé a donde voy, solo Dios sabe dónde he estado. Soy un diablo en la carretera, un amante del revólver, una vela en el viento..."

Blaze of glory

Bon Jovi

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Epígrafe](#)

[SNAKE](#)

[Capítulo 1: Snake](#)

[Capítulo 2: Cheyenne](#)

[Capítulo 3: Snake](#)

[Capítulo 4: Cheyenne](#)

[Capítulo 5: Snake](#)

[Capítulo 6: Cheyenne](#)

[Capítulo 7: Snake](#)

[Capítulo 8: Cheyenne](#)

[Capítulo 9: Snake](#)

[Capítulo 10: Cheyenne](#)

[Capítulo 11: Snake](#)

[Capítulo 12: Snake](#)

[Capítulo 13: Cheyenne](#)

[Capítulo 14: Snake](#)

[Capítulo 15: Cheyenne](#)

[Capítulo 16: Snake](#)

[Capítulo 17: Snake](#)

[Capítulo 18: Snake](#)

[Epílogo: Blizzard](#)

SNAKE

Águilas del Diablo: Salvación

Snake ha caído en la trampa de Damian y ahora es su prisionero. Lo peor de todo es que el club no tiene idea de dónde está. Así que tendrá que arreglárselas por su cuenta si desea escapar o esperar a que sus hermanos lo encuentren.

Cheyenne, una joven nativa, que también fue secuestrada por Damian hace tres meses. Ella es demasiado rebelde para los gustos retorcidos del mafioso, por lo que, para doblegar su voluntad, la retiene en un lugar oscuro y aislado.

Cada día la esperanza de Cheyenne por reencontrarse con su familia se desvanece. Pero la esperanza puede adoptar muchas formas, incluso en la de un motero encantador y de lengua afilada.

Capítulo 1: Snake

Desde el momento en que acepté esta maldita misión, supe que me iba a arrepentir. Estoy en la oficina del reclutador de Damian, esperando como un idiota a que aparezca.

Hasta ahora no ha habido ningún contratiempo. Los hermanos me han informado perfectamente; aun así, sigo conociendo mi puto trabajo.

Cuando el tipo llega, estoy de pie frente a su escritorio desordenado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Se acomoda en su silla y rebusca entre sus papeles.

No es muy organizado para el reclutador de una de las mayores organizaciones criminales de Denver.

Patético.

No me gusta esperar. Si no fuera por esta maldita misión, ya le habría hecho comerse todos sus putos papeles.

Me contengo.

—¡Ah, aquí estamos! ¿Es usted el señor Parker? ¿Como en Spiderman?

La misma mierda sobre mi nombre. Había escuchado ya lo suficiente.

—Sí, pero mi nombre no es Peter.

—No, ya lo veo. ¿Puedo llamarte Jordan?

Me encojo de hombros. Puede llamarme como quiera mientras me dé el trabajo.

—¿Así que eres un tirador, de verdad?

—Si esto es lo que dice, entonces debe ser cierto.

—Impresionante. Tienes un currículum increíble. Combate cuerpo a cuerpo, entrenamiento con armas, campeón nacional de kickboxing. Supongo que estuviste en el ejército.

¿Me está jodiendo o qué? O tal vez sea nuevo. Pero obviamente nadie se molestó en decirle que tenía que investigar antes de llamar a un solicitante a su despacho.

Bueno, no me voy a quejar. Básicamente, estoy feliz de que no sepa quién soy. Tengo menos que explicar sobre mi pasado.

—Me pondré en contacto con el jefe para que te vea. Si esperas un momento.

¡Oh, vamos! No es que haya podido elegir al mismo tiempo.

¡Maldita misión! Cuando termine, será mejor que Slayer me devuelva mi parche de VP o le haré comer mi chaqueta.

Ahora que lo pienso, el primero en sufrir será ese reclutador mío. No debería haberme hecho esperar.

—Aquí tienes —dijo al volver—. El jefe te verá ahora. Si quieres seguirme.

Por supuesto que quiero seguirte, bufón.

Este tipo es un grano en el culo, pero es demasiado limpio y educado para el trabajo. Y he visto unos cuantos reclutadores en mi vida.

Recorremos varios pasillos con paredes de color marrón claro. Extraña elección de color.

Nos detenemos frente a una puerta doble de madera. No soy un experto, pero diría que es de roble.

El reclutador ataca. Este gesto delata su malestar. Tiene miedo del jefe. Tal vez ni siquiera esté allí por su propia voluntad. Ya nada me sorprende en este mundo loco.

—Entra —se oye una voz grave desde el otro lado de la puerta.

El reclutador abre y me anuncia.

—El señor Parker está aquí —puedo sentir cierta burla en su voz, lo que hace que me provoque darle un puñetazo y partirle la nariz, pero me contengo, tengo que controlarme porque si me dejo llevar por mi temperamento terminaré jodiendo la misión.

—Déjalo entrar. ¡Y Peter! No olvides lo que te dije.

—Sí, señor.

¿Peter? Bueno, no lo sé. Puede que tenga el apellido de Spiderman, pero él tiene su propio nombre. Y se burla de él.

Entro en la oficina mientras Peter sale. ¡Vaya oficina! Es más grande que la sede del club.

Miro alrededor de la habitación. Cuatro guardaespaldas. Gorilas de verdad. Esto no me gusta nada. Pero ahora que estoy aquí, no hay vuelta atrás.

Cuando mis ojos finalmente se posan en Damian, siento que estoy alucinando.

—Hola, Snake.

—Ed. ¡Qué sorpresa! —trato de contener mi asombro, esperaba cualquier cosa menos esta mierda.

—Yo podría decir lo mismo. La candidatura del vicepresidente de las Águilas es, cuando menos, inesperada.

—Ex-VP, en realidad. Slayer me despidió.

—Supongo que es un poco culpa mía.

—¿A quién le importa de quién es la culpa? Quiero vengarme. Por eso estoy aquí.

Ed se echa a reír. ¡Me está tomando el pelo! Si no fuera por los gorilas que lo custodian, ya estaría muerto.

—Me alegro de que lo disfrutes.

—Lo que me divierte es que realmente pensaste que podías fastidiarme.

¡Maldita sea! Que no cunda el pánico. Al fin y al cabo, solo es sospechoso.

—No entiendes nada.

—No lo creo. Sabía que vendrías incluso antes de que enviaras tu currículum. Y como no volverás a ver a tus amigos, déjame contarte un secreto: tengo un topo en las Águilas.

—Ya que no volveré a ver a mis amigos, dime quién es.

Volvió a reírse y hace un gesto hacia sus gorilas.

Esta vez, sin duda, estoy en la mierda. Con cuatro contra uno, la derrota es inevitable. Pero no soy de los que se rinden sin luchar.

Mando al primer guardia a mi derecha bailando un vals, y luego lanzo un gancho de derecha al tipo de mi izquierda. Un tercero me ataca por detrás y me inmoviliza agarrándome por debajo de los brazos. Su amigo aprovecha la oportunidad para abalanzarse sobre mí. Un mal plan. Me levanto del suelo para lanzar mis dos pies contra su pecho.

La potencia del golpe nos hace retroceder y me libera del agarre del otro imbécil.

El primer tipo vuelve hacia mí. Le envío un uppercut tan potente que siento que su mandíbula se rompe con mi puño.

Ya preparo mi siguiente ataque y me doy la vuelta para enfrentarme a un nuevo asaltante. Apenas tengo tiempo de verlo venir cuando un objeto no identificado me golpea en la sien.

Puse una rodilla en el suelo.

Duele mucho. Medio aturdido, intento levantarme, pero un violento golpe en la espalda me hace caer.

A partir de ese momento, estoy fuera. Los golpes llueven de todas partes. Ni siquiera estoy

en condiciones de contraatacar. Pero no les daré el placer de mostrar mi dolor.

Así que me río.

Y cuanto más golpean, más me río.

Hasta que la oscuridad finalmente se apodera de mí.

Capítulo 2: Cheyenne

Era una joven como cualquier otra. Tenía una familia cariñosa, grandes amigos, un trabajo que me gustaba.

Una vida sencilla y sin preocupaciones.

Pero eso era antes.

Antes de aquel fatídico día en que todo cambió en un instante. Había hecho horas extras y ya era de noche cuando salí del trabajo. Caminaba a paso ligero para llegar a casa lo antes posible. Cuando alguien cayó sobre mí.

Era fuerte y rápido. Por supuesto, intenté defenderme, como me habían enseñado mis hermanos. Pero mi atacante era mucho más grande que yo. No tardó en dominarme y drogarme.

Cuando por fin me desperté, estaba tumbada en una hermosa cama con sábanas sedosas que olían a fresco.

La habitación en la que estaba era igual de increíble.

Los enormes ventanales permitían que el sol inundara la habitación de luz.

Los muebles eran de excelentes acabados y estaban hechos de roble. Las paredes estaban revestidas con un bonito papel pintado de color verde pastel.

Cuando un hombre llamó a la puerta y entró, me perdí. Los secuestradores no suelen llamar a la puerta de sus víctimas. No tiene sentido.

—Por fin te has despertado —saludó con un tono entre encantador y lascivo, que hizo que mi estómago se revolviera.

—¿Quién es usted? —A pesar de que quería mostrarme valiente la voz me tembló.

—¿Tienes hambre? Te he preparado un buen desayuno —ignoró mi pregunta y seguía con esa sonrisa ladina de perverso, todos mis vellos se erizaron.

—¿Quién eres? —repetí estúpidamente.

—El baño está justo al lado. Allí te espera ropa limpia.

—¡¿Quién demonios eres tú?! —La desesperación me hizo gritar.

Su rostro amable estaba envuelto en una máscara de frialdad. Me agarró la barbilla con fuerza y me miró a los ojos.

—Puedo ser quien tú quieras que sea, cariño. Es tu elección. —Su voz melosa contrastaba con la dureza de su gesto—. Si te comportas bien, te trataré como a una princesa. Te daré lo que quieras. —Se detuvo y me acarició la mejilla con la mano libre—. Pero si te comportas mal, me convertiré en tu peor pesadilla. Depende de ti, querida.

Tomé la decisión más sensata y le dije que me iba a preparar y bajar a desayunar.

Me soltó y salió de la habitación.

A partir de entonces, le consentí todos sus caprichos. Hasta que un día empezó a tocarme. Intenté apartarlo y pagué las consecuencias con un cinturón.

Así que dejé que me poseyera una y otra vez.

Duré dos meses así. Y podría haber durado más si no hubiera sido más exigente.

El día que me pidió que ofreciera mis servicios, como él dice, a sus invitados, me negué. Y me ganó.

Pero nunca cedí. Continuó golpeándome, no había manera de que hiciera algo tan degradante, tan humillante.

Al final se cansó de mi actitud y me encarceló donde guardaba a las chicas antes de venderlas.

Llevo tres semanas aquí. Escuchando a las chicas lamentarse.

Mientras veo a los compradores ir y venir. Algunas personas ofrecieron grandes sumas para tenerme. Pero Damian siempre se negaba, con la tonta esperanza de que yo le obedeciera ciegamente.

Tiene tiempo para esperar.

Hoy es un día más. Las niñas han estado lloriqueando desde que se despertaron.

Es lamentable.

No soy insensible a su situación. Es que llorar no las salvará. Al contrario, les cansa y, sobre todo, les priva de algo vital en una situación así: la esperanza.

Oigo el característico chirrido de la puerta principal de nuestra prisión.

Los pasos resuenan en las escaleras y luego en el piso superior donde nos encontramos.

Me levanto para mirar a través de los barrotes de la puerta de mi celda y veo a los guardias de Damian arrastrando un enorme cuerpo por el suelo.

El pasillo está muy mal iluminado y no puedo ver mucho. Pero he visto esta escena tantas veces que ya sé lo que pasa después. Sé que lo llevarán a la sala de atrás, la que está junto a mi celda, y lo encadenarán al techo. Entonces vendrán a torturarlo regularmente hasta que hable.

A menos que sea para su propio placer. Eso ocurre a veces.

Damian y sus hombres son verdaderos psicópatas a los que les gusta causar dolor. No pueden vivir sin hacer el mal a su alrededor. Es como el oxígeno que respiran, vital.

Puedo oír el tintineo de las cadenas al ser manipuladas.

Todo resuena aquí. El más mínimo ruido, el más mínimo susurro.

Es un infierno.

Oigo a los hombres de Damian reír como bufones mientras cierran la puerta de la sala de tortura y los veo pasar de nuevo por mi celda.

¿Se van a ir?

Esto no es una buena señal. Significa que el hombre que tienen encerrado no vale nada. Le harán sufrir hasta que muera.

El pobre hombre.

El último, por lo que entendí de sus conversaciones, era el reclutador Robert.

Pensó que podía pasar información a la policía sin ser descubierto. Este error de apreciación resultó fatal.

No sé qué hizo este hombre para llegar a este punto, pero no debería haberlo hecho.

Nadie sale vivo de la sala de tortura.

Cuando oigo cerrarse la puerta principal, recupero mi cuchara de debajo del colchón y me apresuro a acercarme a la pared, que ya está muy avanzada. Unos días más y podría colarme por ese agujero.

No he pasado las últimas tres semanas sin hacer nada, ni mucho menos.

Me las arreglé para guardar una cuchara de mi bandeja de almuerzo y atacé la pared que conducía al pasillo.

Pero ese muro estaba demasiado expuesto. Si alguien se enteraba, iba a estar en graves problemas.

Así que cambié mis planes. Sé que la sala de tortura permanece abierta cuando está desocupada. Para deshacerse del olor, dicen. Así que decidí ir tras la pared contigua.

La ventaja de este trozo de pared es que para verlo hay que entrar en la celda y cerrar la

puerta.

Solo hay un problema. La cámara de tortura está ocupada. Tendré que esperar a que este hombre muera para poder salir.

Solo pensar en ello me da náuseas.

Capítulo 3: Snake

Cuando abro los ojos, estoy en una habitación oscura.

Gesticulo y me doy cuenta de que estoy suspendido. Mis pies apenas tocan el suelo. Menos mal que no soy bajito.

Oh, mierda, aquí vamos de nuevo.

Todavía recuerdo la última vez que estuve en esta situación. Todavía tengo pesadillas al respecto.

¡Maldita sea! Como diría el otro: si lo hubiera sabido, no habría venido.

Maldita misión. Sabía que me iban a pillar, pero no pensé que fuera desde el principio.

Todavía no puedo creerlo. Edward, el exfiltrador que contratamos.

Me hubiera gustado ver la cara de Slayer cuando le dijera esto.

¿Quién fue el que nos aconsejó a este tipo de nuevo? Apuesto a que es nuestro traidor.

No puedo pensar porque me duele mucho la cabeza. No me lo pusieron fácil.

Vayamos al grano.

Me pongo de puntillas para intentar identificar lo que me sujeta las muñecas. Pero por mucho que lo intente, mis brazos están demasiado separados.

Abandono esta idea, es una pérdida de tiempo. Además, no puedo permitirme el lujo de agotarme innecesariamente.

Ya había cometido este error en el pasado y me había costado mucho dinero.

Nunca cometo el mismo error dos veces y, sobre todo, ya no temo a la muerte.

No pretendo suplicar ni quejarme.

No como las chicas que escucho en este momento que me molestan.

No sé quién está encerrada aquí y no quiero saberlo. Solo quiero que se callen para poder pensar con claridad.

—¡Cállate la boca!

Mi voz está más ronca que nunca. Pero eso no impide que las chicas lloren más.

—¡Te vas a callar!

—Estás perdiendo el tiempo —interviene una voz femenina—. Ya lo he intentado.

Así que al menos hay una mujer lo suficientemente fuerte como para no llorar.

—¿Cómo te llamas?

—No te serviría de nada saberlo. Eres un hombre muerto caminando. ¿Acaso lo sabes?

Me estoy riendo. Esta chica parece una verdadera tigresa.

—Mi ángel, aún no estoy muerto.

—¿Tu ángel?

—Bueno, no me dices tu nombre.

Me responde con el silencio. ¡Genial! Es la única compañía que puedo esperar mantener y no me habla. Qué suerte la mía.

—Dime, princesa... ¿Eres tú la que está al lado de mi celda?

—¿Me estás hablando a mí?

—¿Se te ocurre alguien más aquí que pueda juntar tres palabras?

—Sí, soy yo. ¿Tienes algún problema con eso?

Al menos no me aburriré con ella.

—Estás cavando un agujero en la pared, ¿verdad?

—En absoluto —se apresura a hablar, lo que evidentemente la delata.

—De acuerdo, si tú lo dices.

Sé que está mintiendo, pero no puedo culparla.

Se oye un ruido y el rascado se detiene. Oigo movimientos apresurados en la celda de al lado y pasos en el pasillo.

La puerta de mi celda se abre para mostrar a uno de los gorilas con los que luché.

No se molesta en cerrar la puerta y se acerca a mí.

Lo reconozco inmediatamente.

—¡Hola! ¿Cómo está tu mandíbula?

Me golpea en el estómago.

Me estoy riendo literalmente de él. El eco de mi risa vuelve a mí por triplicado y me hace querer reír aún más.

—Ríete mientras puedas. Porque estoy seguro de que no durará.

Se da la vuelta y se dirige a la puerta.

—En serio, ¿has venido aquí solo para decirme eso? No esperas realmente haberme asustado, ¿verdad?

Me vuelvo a reír mientras cierra la puerta y se va por el pasillo.

—¡Qué bufón es!

Se oye un ruido metálico antes de que se haga el silencio. El rascado se reanuda poco después.

Llegué a la conclusión de que debía ser la puerta principal del edificio en el que me encontraba.

Cuando lo pienso, esta chica debe llevar mucho tiempo aquí para poder reconocer tan bien los sonidos.

—Eres un idiota. ¿De qué te sirve provocarlos?

Ahora está hablando conmigo.

—Tú misma lo has dicho, cariño, soy un hombre muerto andando. Podría reírme antes de morir. Además, prolonga mi esperanza de vida.

—No tiene sentido.

—¿Lo crees? Les gusta que se les resista. Les permite mantener la diversión.

—¿Qué sentido tiene, ya que vas a morir aquí de todos modos?

—Mis hermanos vendrán a buscarme. Solo tengo que aguantar el mayor tiempo posible.

Ella no responde a esto y el rascado comienza de nuevo.

Es increíble. Todavía tiene la esperanza de salir de aquí, aunque parezca imposible.

Seamos realistas. Aunque consiga salir de su celda, no saldrá del edificio. El mero sonido de la puerta metálica fue suficiente para que lo entendiera.

La puerta del almacén del club hace exactamente el mismo ruido. Podría ser la misma puerta. Y no es de las que se pueden forzar o derrumbar.

Pero no se lo voy a decir. En casos como este, la esperanza es lo único que nos hace seguir adelante.

—¿Cuántos hermanos tienes? —me pregunta mientras sigue rasgando en la pared.

—Son muchos, cariño. No puedes ni imaginarlo.

—¿Qué significa eso?

—Todo un puto club de moteros, nena.

—Genial, un motorista.

Puedo oír la ironía en su voz. Parece que no piensa mucho en los clubes de motos.
No me importa. Cambiaré de opinión cuando los hermanos vengan a sacarnos de aquí.
Lo único que espero es que aparezcan a tiempo.
Realmente no quiero morir colgado del techo como un pedazo de mierda.
Quiero morir como un héroe.

Capítulo 4: Cheyenne

*—A veces duermo, a veces no lo hago durante días
La gente que conozco siempre va por caminos separados
A veces se cuenta el día
Por la botella que se bebe
Y las veces que estás solo lo único que haces es pensar
Soy un vaquero, en un caballo de acero cabalgo
Me buscan vivo o muerto
Se busca vivo o muerto
(A veces duermo, a veces no durante días
La gente que conozco siempre va por caminos separados
A veces cuentas tu día
Por la botella que se bebe.*

*Y cuando estás solo, todo lo que haces es pensar
Soy un vaquero, monto un caballo de acero
Me buscan vivo o muerto
Se busca vivo o muerto)*

¿Bon Jovi? ¿En serio?

O este tipo está loco o... No lo sé, en realidad.

Al menos tiene el mérito de crear ambiente. Y no canta tan mal. Si tuviera mi guitarra, le habría acompañado.

Sigo raspando el cemento que mantiene unidos los ladrillos.

Ya hay tres de ellos listos para salir. El cuarto no está lejos.

Bueno, el motorista ya no canta. Qué pena, era motivador.

Tal vez se quedó dormido. O tal vez ha muerto.

No, es demasiado apto para morir. A menos que haya muerto de aburrimiento.

«Estás divagando, chica, tienes mejores cosas que hacer que pensar en un motero fuera de la ley»

Tampoco soy estúpida. Si tiene problemas con Damian, debe estar involucrado en algo malo.

—¿Oye, gatita! Dame un título de canción, el que quieras.

Ah, evidentemente no ha muerto... Todavía.

—Deja de ponerme apodos.

—Dime tu nombre, entonces, y me detendré.

—No doy mi nombre a los desconocidos.

Le habría dicho mi nombre, pero realmente quiero hacerle pasar un mal rato. Y así hacer que pase el tiempo.

—Vamos a conocernos —me anima con voz enérgica, como si realmente no estuviese atado a las vigas del techo y golpeado.

—¿En serio? Ni siquiera podemos vernos —sonrió por su osadía.

—¿Y qué? Al menos estás segura de que no es porque estás bien construido.

—No está mal.

—Vamos, ¿qué quieres saber de mí?

No tengo ni idea de lo que podría preguntarle. No sé...

—¿A qué club pertenece?

—Águilas del Diablo.

Estaba segura de que estaban lejos de ser ciudadanos honestos.

—¿Estás involucrado en el tráfico sexual? —lo increpo de inmediato mientras sigo con mi tarea de raspar el cemento.

—Todo está en el pasado. Tenemos un nuevo presidente que lo ha parado todo.

—Eso es bueno. ¿Qué edad tienes?

—Pronto treinta ¿y tú?

—veintidós años —respondo al tiempo que ahogo un gemido de dolor porque me he lastimado los nudillos. No es una diferencia de edad muy grande.

—¿Cómo has acabado aquí? —pregunta tratando de adentrarse en los detalles.

Me cuenta con todo el propósito de su misión para el club. Hay que tener mucho valor para atreverse a infiltrarse en el enemigo de esta manera. Estoy impresionada.

—¿Por qué tú y no otra persona?

—Porque ese era mi trabajo antes de convertirme en un Águila. Así que respondo a tu siguiente pregunta; sí, era policía.

¿Cómo se puede pasar de ser policía a ser un motorista criminal? ¡No tiene sentido!

Una parte de mí anhela hacerle la pregunta. Pero por otro lado, no estoy segura de querer la respuesta. Para pasar de un extremo al otro, debe haber tenido una mala experiencia.

—¿Ya te has quedado sin preguntas?

Vaya si le importa.

Estoy a punto de responderle cuando oigo que se abre la puerta principal.

Vuelvo a poner mi cuchara en su escondite. Y me acurruco en mi colchón.

Siempre los mismos pasos. Cada vez, me temo que es Damian. Tengo miedo de que vuelva a por mí e intente someterme a sus perversos deseos.

La puerta de mi celda se abre y veo a dos guardias. Uno de ellos me apunta con una pistola, por si intento escapar.

El segundo guardia coloca una bandeja de comida delante del colchón.

—Así que mi bonita...

—No te molestes, ¡sigue siendo no! —lo interrumpo con un gruñido.

Sale y cierra la puerta con una violencia que hace vibrar las paredes.

—No entiendo por qué el jefe pierde el tiempo con ella.

—Porque algunos ricos ofrecieron una fortuna por ella. Pero no lo venderá.

—Está obsesionado con ella. Yo ya habría...

Ya no puedo seguir escuchando su conversación. Están demasiado lejos y el eco hace inaudibles sus palabras.

Me alimento con una punzada de tristeza. Mi vecino no tendrá nada que comer durante su estancia. Pero no puedo hacer nada al respecto y tengo que pensar en mi propia supervivencia.

El sonido de los pasos vuelve a resonar. Me apresuro a comer antes de que me recojan la bandeja.

Oigo el característico chirrido del pestillo de la sala de tortura.

—Hola Snake.

—Hola Ed. Te ves bien.

Reconocería esa voz en cualquier lugar. Damian, mi peor pesadilla.

—He venido a darte algunas noticias. Acabo de ganar mucho dinero diciéndole a Adán dónde está su querida Eva.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta con desdén.

—Nada, solo quería demostrarte que tu pequeño club no es rival. No pueden llegar a mí, así que no hay posibilidad de que te encuentren.

—Estás hablando con el viento, imbécil. Te encontrarán y te harán mierda.

Puedo oír su risa helada y sus pasos que vienen en mi dirección.

—¡Cuidado con él! Tienen diez minutos para desahogarse.

Damian se detiene fuera de mi celda mientras oigo a los guardias arremeter contra el motorista. ¿Cómo lo llamó? ¿Snake? Bueno, Snake se divierte provocando y burlándose de ellos.

—¿Y bien, mi amor? —me dice—. ¿Sigues siendo tan rebelde como me dijeron?

—¡Vete a la mierda! ¡Nunca estaré a tu disposición!

—Qué pena, te quedarás aquí hasta que cambies de opinión.

—¡No tienes posibilidad, bastardo!

Le oigo alejarse. Los guardias que le acompañan cierran la sala de tortura y se precipitan tras él como buenos perritos.

Espero pacientemente a que se cierre la puerta principal y compruebo cómo está Snake.

—¿Estás preocupada por mí, cariño? —puedo apreciar que sonrío.

—Está bien, ¡has ganado! Me llamo Cheyenne.

—Encantado de conocerte, Cheyenne. Soy Jordan.

Capítulo 5: Snake

Cheyenne. El nombre me parece una melodía.

Estoy seguro de que es tan hermosa como su nombre.

Y aunque no lo sea, no me importa. Me encanta esta chica.

De hecho, incluso le di mi verdadero nombre.

—¿Crees que estás diciendo la verdad acerca de tus compañeros? —pregunta.

—Me encontrarán. Prometieron no meter la pata y dejarme morir.

—Realmente confías en ellos, ¿no?

—Sí. Así es con nosotros. Somos una maldita familia —digo con júbilo.

Sí, es mi familia. Cuando terminé mi carrera como policía, todos me dieron la espalda. Yo era la vergüenza de la familia, el hijo indigno y desde el momento en que llegué a las Águilas, me aceptaron muy rápidamente.

Solo pasé dos meses como aspirante. Mi pensamiento estratégico y mis habilidades de combate demostraron mi valía y pronto me ascendieron a vicepresidente.

Acompañé al padre de Slayer en su locura por mantener el maldito parche.

Realmente me arrepiento de no haberle contado todo a mi hermano desde el principio. Y lo peor es que ni siquiera tuve la oportunidad de disculparme.

Eso es lo primero que voy a hacer cuando se ponga en marcha para sacarme de ahí.

—¿Jordan? —esuchó su voz llamándome una vez más.

—¿Cheyenne?

—Me preguntaba cómo se puede pasar de ser policía a motero.

No quiero hablar de eso. No mucha gente sabe de mi pasado como policía. No es una historia fácil de contar. Pero supongo que puedo hacer un esfuerzo por ella.

—Hace unos cinco años, estábamos en una investigación bastante delicada. Una organización criminal magníficamente organizada. El tipo de investigación que te pone tan nervioso que sueñas con ella por la noche. Eran putos fantasmas. —Hago una pausa, tengo boca pastosa debido a la sed y así no es ideal hablar—. Como no teníamos nada, me enviaron a infiltrarme. Esa era nuestra última opción. Debería haber sido fácil. Entrar, coger algunas pruebas, nombres y cualquier otra cosa que pudiera usarse en un juicio, e irme.

—¿Pero no salió como estaba previsto? —concluye ella con un tono de voz más bajo.

—No, en absoluto. Hice todo lo que tenía que hacer para estar frente al jefe. Resulta que conozco al bastardo. Incluso trabajamos juntos.

—¿Un policía?

—Sí. Fue entonces cuando todo se torció y acabé en un lugar como este. Venía y me pegaba todos los días, y todos los días rezaba para que dejara de hacerlo.

—Dios mío, esto es horrible.

Me gustaría parar aquí, pero quiero hablar con ella. Porque ya es hora de que me desahogue, tal vez, no tenga otra oportunidad para hacerlo.

—Cuando dejé de luchar, no vino más. Me dio por muerto. Así que hice lo mismo que tú. Raspé el cemento alrededor de los ladrillos.

—¿Cómo? —pudo percibir que está sorprendida.

—Con la hebilla de mi cinturón. Me tomó mucho tiempo. Mis manos sangraban. Sin saber

qué había detrás del muro ¡Mierda! Pero no me detuve, seguí cavando. No quería morir en esas condiciones, así que cavé hasta que vi la luz y salí de ese agujero. —Me alegro de que esté al otro lado del muro. Si hubiera estado de frente a mí, podría haber visto las lágrimas fluyendo. No podía soportar que me viera débil—. Después de eso me desmayé. Me dijeron que un transeúnte me encontró inconsciente y llamó a los servicios de emergencia. Estuve en coma durante tres meses. Cuando me desperté, llamé a mi superior y le expliqué todo.

—¿Lo arrestaron? —gruñó, estaba molesta por algo que ella no había tenido que vivir.

—No, ni siquiera. Después de lo que me ocurrió, decidieron que mi testimonio no era fiable. Nunca se molestó ese canalla.

—¡Pero eso no es justo!

—No, pero es así. Cuando salí del hospital, fui directamente a la comisaría, metí mis cosas en una caja y me fui. —Todavía puedo ver la cara de ese cabrón burlándose de mí—. Después de eso, toda mi familia me rechazó. En mi familia, somos policías de padre a hijo. Mi abuelo era policía, mi padre y mi hermano también. Fue una pena para ellos que dejara el cuerpo. Así que dejé Utah y aterricé en Denver.

—Tu familia no merece la pena. Después de lo que has pasado, deberían haberte apoyado.

Me hubiera gustado que me apoyaran, pero era más importante mantener las apariencias. Si mi familia viera en lo que me he convertido...

—Había perdido la fe en la ley y en mi profesión. Estuve varios días en las calles de Denver buscando un trabajo. Pero no sabía hacer nada más que luchar. Nadie me quería. Entonces conocí a Slayer, el mayor grano en el culo de la tierra. Este tipo estaba encima de mí todo el tiempo. Acabamos haciéndonos amigos y finalmente me dijo que era el hijo del presidente de las Águilas del Diablo. Le pedí unirme a ellos y dos meses después ya vestía los colores del club.

Este maldito club me salvó de una vida que iba a ser miserable. Estoy dispuesto a morir por ellos, pero preferiblemente lo más tarde posible.

—Lo siento.

—No deberías. Lo que pasé me hizo ser quien soy. No me arrepiento de nada.

Y esa es la verdad. Nunca fui realmente feliz en mi familia. Y estaba profundamente decepcionado con mi trabajo. Las pruebas que pasé me hicieron más fuerte y me permitieron descubrir lo que era una verdadera familia. Eso es algo que no cambiaría por nada del mundo.

Capítulo 6: Cheyenne

Hace tiempo que no viene nadie. Ni por mí ni por él.
Casi he terminado de desalojar mi décimo ladrillo. Ya.
Esto no está bien. Ya debería haber venido alguien a traerme comida. Y me está entrando mucha hambre.

«Por favor, no dejes que nos dejen aquí»

Jordan aún no me ha hablado hoy. Me preocupa. Me temo que está muerto.

—¡Jordan!

No hay respuesta.

Es un riesgo que hay que correr, pero no importa. Necesito saber que está bien. Quiero decir, si se puede llamar así.

Me sitúo frente a la pared. Si todo va bien, no debería resistirse.

Doblo las piernas y meto los pies juntos en los ladrillos alrededor de los cuales he cavado.

Una vez. Los ladrillos no se movieron.

Dos veces. Siento que tiembla bajo mis pies.

Tres veces. Voy a por ello con todas mis fuerzas. El trozo de pared se derrumba.

Me levanto y saco mi colchón. Es en este rincón de la habitación donde he escondido mis postres y el agua. Tengo una docena de barritas de chocolate y tres botellas pequeñas de agua de mis bandejas de comida.

Los paso por el agujero de la pared antes de deslizarme.

Mierda, eso estuvo muy cerca. Mis pobres caderas casi se atascan entre los ladrillos.

Cuando me levanto, veo la figura colgante de Jordan. El olor de esta habitación es horrible y tengo que contenerme para no vomitar.

Me precipito hacia él, grito su nombre, intento sacudirlo. Nada funciona.

Pongo mi mano en su mejilla. No está frío, así que está vivo.

No le va a gustar lo que voy a hacer, pero no tengo otra opción. Tengo que hacer que entre en razón.

Respiro profundamente y le doy la mayor bofetada de mi vida.

Gruñe.

—¿Jordan?

Finalmente abre los ojos. Muy lentamente, pero los abre.

—¿Estaba soñando o me acabas de abofetear?

Su voz es débil. Silencio.

—No tuve opción, estabas inconsciente. ¿Te he hecho daño?

—¿Estás bromeando? Golpeas como una chica.

—Tal vez sea porque soy una chica, idiota.

Decidida a no dejar pasar este insulto, que por cierto no tiene ningún sentido, le doy un derechazo.

El efecto no tarda en llegar. Se levanta tanto como le permiten sus ataduras.

—¡No, pero estás loca!

—Al menos ya estás despierto. ¿Crees que puedes estar de pie mientras te desato las correas?

—Sí.

Primero libero su brazo derecho. Se tambalea por un momento antes de estabilizarse. Entonces ataco al otro.

Por fin es libre. Le ayudo a acercarse a la pared para que se apoye en ella y se desliza hasta el suelo.

—Toma, come esto. Noes mucho, pero es todo lo que tenemos. Los saqué de mis bandejas de almuerzo.

—Eres una verdadera hormiga.

—Cállate y come.

—Sí, señora.

Me río. No sé cómo, pero sí, puedo reírme a pesar de la situación.

Jordan se come la barra de chocolate como si su vida dependiera de ello.

—Maldición, esto se siente bien. Entonces, ¿qué haces en mi lado del muro?

Eso es un punto para él. Me siento a su lado y le doy una botella de agua, aconsejándole que no beba demasiado rápido.

—Hace tiempo que no viene nadie. Creo que nos abandonaron aquí. Te llamé varias veces y como no respondiste, decidí venir. Creo que he hecho lo correcto.

No dice nada. Y le doy tiempo para digerir la información. No debe ser fácil encontrarse de nuevo en este infierno.

—Vamos a salir de aquí. Te lo garantizo.

—Lo sé. Tus hermanos vendrán. No los conozco, pero quiero confiar en ti.

Apoyo mi cabeza suavemente en su hombro. He estado sola durante mucho tiempo. Necesito este contacto.

Toma mi mano entre las suyas. También lo necesita.

Siempre se dice que dos son mejor que uno. Esto no podría ser más cierto en nuestro caso. Nos necesitamos mutuamente para seguir adelante.

—Estamos muy aburridos, ¿verdad?

No se equivoca. Este silencio absoluto me está matando. Ya ni siquiera se oye el llanto de las niñas.

—A de albaricoque.

—¿Qué?

—Estamos aburridos, podríamos jugar. ¿Te parece? Dime una comida que empiece por la B.

—No sé, banana.

—Por qué no. C de Cereza.

—En serio, me vas a tirar toda la fruta y verdura que conozcas.

—Me gusta la fruta y la verdura. ¿Y tú? Apuesto a que no puedes nombrar ni uno solo.

—Y tú para citar algo más. D de día —pudo notar la ironía en su tono de voz.

—Estoy impresionado. E de escalope.

—Puede hacerlo mejor. F de fresa.

—Bien, ¿qué te parece esto? G de gelato.

—¿Qué sabor tiene?

—Vainilla-limón. ¿Y tú?

—Chocolate-banana.

Jugamos así hasta el final del abecedario. Entonces se hace de nuevo el silencio. Pesado. Desagradable.

—¿De qué tribu eres?

—Los Utes del Sur.

—¿Y tu nombre es Cheyenne? Es un poco raro, ¿no?

—Un capricho de mi padre. Tiene un sentido del humor muy particular.

—Ya lo veo. Entonces, ¿conoces a Canalla?

—Por supuesto, es mi hermano pequeño.

—¡Espera! ¿Significa eso que eres la hija del jefe Ouray?

—Sí. ¿Cómo conoces a mi hermano? —pregunto apartando la cabeza de su hombro para mirarlo a la cara.

—Es un prospecto para las Águilas.

No puedo creerlo. Finalmente consiguió convencer a nuestro padre. Era su sueño desde que era un niño. Me alegro mucho por él.

—Gracias por aceptarlo. Era su deseo más querido.

—Tienes que agradecer a Slayer. No tuve nada que ver con eso.

Pero Slayer no está aquí. Todavía no.

Capítulo 7: Snake

Cheyenne es como un rayo de sol en la oscuridad. Ella ilumina el infierno por el que estoy pasando ahora mismo.

Y espero hacer lo mismo por ella.

Creo que me estoy enamorando de ella. Y ni siquiera sé cómo es.

Tiene mal carácter. Estoy seguro de que no podré aburrirme con ella. Es divertida y está llena de vida. Es dulce y cariñosa.

Definitivamente es la mujer de mis sueños. Tan pronto como salgamos de esta mierda, voy a hacer todo lo posible para hacerla mía. No me importa su aspecto.

Ya no hablamos mucho. Nuestro escaso suministro de agua está disminuyendo. Intento beber lo menos posible para que tenga una oportunidad de sobrevivir. De todos modos, ya estoy medio muerto.

Soporta nuestra desgracia sin quejarse. Sin soltar nunca mi mano.

Varias chicas ya están muertas, estoy seguro. El olor de la muerte nos rodea, mezclado con el olor de la orina y los excrementos.

No sé cuánto tiempo más podremos seguir en estas condiciones.

Me duele todo el cuerpo y tengo frío.

Me pesan los párpados. Pero no me atrevo a cerrar los ojos por miedo a que la muerte me lleve mientras duermo.

—Aguanta, Jordan. Lo superaremos.

Es la primera persona que me llama por mi nombre de pila desde que me uní a las Águilas. Y eso me gusta.

Resuena un ruido metálico. Es la maldita apertura de la puerta. Si nos encuentran en la misma habitación, no puedo imaginar lo que le harán a ella.

Quiero soltar su mano, pero ella sigue sujetándome.

—No te voy a dejar. Lucharé si es necesario. Pero no dejaré que te toquen.

¿Quiere luchar? ¿Por mí?

Agarro su mano entre las mías.

—Te quiero, Cheyenne.

—Yo también te quiero, Jordan.

Oigo pasos. Debo estar cerca de la locura porque tengo la impresión de que una docena de personas bajan corriendo las escaleras.

Es un gran jaleo.

—¡Snake!

¡Maldita sea, esa voz! Conozco esa voz. Siento a Cheyenne petrificada y aferrada a mi brazo.

—¡Snake! ¿Estás aquí, hermano?

—Slayer.

Esta es la única palabra que tengo la fuerza para susurrar antes de hundirme en la oscuridad.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, todo es blanco. El hedor ha desaparecido. El dolor ha desaparecido y ya no tengo frío. Tengo una maldita aguja en el brazo.

El hospital. Es en el hospital donde estoy.

¡Mierda! ¿Qué ha pasado? ¿Y cuánto tiempo llevo aquí?

—¡Cheyenne!

Una hermosa mujer nativa americana se sienta en la cama y toma mi mano.

—Estoy aquí. No pasa nada. Tus hermanos han venido a salvarnos, tal y como dijiste que harían.

—Eres hermosa. Te pareces a Pocahontas.

Empieza a reírse a carcajadas y yo me alegro mucho.

—Es el cumplido más original que he recibido.

—Te quiero, lo sabes. Incluso antes de saber que eras una princesa de Disney.

—A mí también me gustabas, antes de saber que eras un rubio sexy.

Esta vez soy yo quien se ríe. Si ahora piensa que soy sexy, ¿qué dirá cuando haya recuperado los kilos que he perdido?

—Iré a decirle a tus hermanos que estás despierto.

Me besa la mejilla con la mayor delicadeza y sale de la habitación.

Slayer entra un momento después.

—Te ves como una mierda, hermano.

—Al parecer no te has visto en un espejo —responde con una sonrisa cansada.

Se sienta en la cama y evita mirarme. Puedo sentir el malestar entre nosotros. Soy responsable de ello. Mi mentira sobre la trata de mujeres nos ha separado.

—Lo siento, Slayer. No debería haberte ocultado la verdad. He estado actuando como un completo imbécil.

—Y siento haberte enviado allí. Casi mueres por mi culpa —dice para tranquilizarme.

—Digamos que estamos en paz —le sonrió con las fuerzas que apenas estoy recuperando.

—Me parece bien.

Nos damos la mano y cambiamos de tema. Slayer me dice que el club ha buscado en todas las propiedades de Damian para encontrarme. Me informa que Damian está en el sótano del club. Maldición, lo tienen. Eso es bueno. Supongo que por eso no ha venido nadie.

—Slayer, hay un traidor entre nosotros. Estoy dispuesto a apostar que fue el hermano que nos aconsejó sobre Ed.

—¡Maldita sea! ¡Hércules! Le pedí que lo vigilara. ¡Volveré!

Sale de la habitación como un loco.

Cheyenne vuelve con la segunda mujer de mi vida.

—¡Cherry!

—No vuelvas a hacerme eso. Estaba muy preocupada.

—Te lo prometo, hermanita. No lo volveré a hacer.

Me coge la mano y yo le tiendo la otra para que Cheyenne se una a mí.

—¿Crees que tu padre estaría de acuerdo si te pido que tengamos una relación?

—Créeme, mi padre dejó de controlar mi vida hace mucho tiempo.

—Bien, cariño. Pero aún así voy a hablar con él sobre el tema.

—Apreciará esta muestra de respeto —me guiña un ojo mientras sonrío.

—Eso espero. De cualquier manera, eres mía, le guste o no.

Sí, será mi esposa, estoy seguro de ello. Vale, aún no nos hemos besado. Pero pienso compensarla en cuanto salga de aquí.

Es decir, lo antes posible.

Capítulo 8: Cheyenne

¡No puedo creerlo!

Este tipo es un fenómeno inusual.

Así que, para empezar, no volvería a ir al hospital.

Siempre se quejaba. La comida era horrible, no se podía beber ni fumar. Y entonces, cuando le dijeron que Damian se había escapado del club, enloqueció.

Está firmando el alta. Ni siquiera ha estado en el hospital durante tres días.

Un coche del club nos espera fuera. Mi hermano está conduciendo. Se toma muy en serio su papel de aspirante.

Entramos en el coche. Jordan hace una mueca de dolor. Lo siento por él, pero por otro lado, fue él quien quiso salir del hospital.

No me suelta la mano en todo el camino. Puedo sentir que se pone nervioso. Sé que está planeando su venganza. Contra Damian, pero también contra el policía corrupto que lo dio por muerto hace cinco años.

Si cree que voy a dejarle ir solo, se equivoca. Tengo la intención de ir con él.

Cuando por fin llegamos al club, todos sus hermanos están fuera para darle la bienvenida.

Han planeado algunas sorpresas para él con mi contribución.

Slayer es el primero en dar un paso adelante.

—Bienvenido a casa, VP —dice, entregándole su chaqueta de cuero. Jordan se la pone y abraza a su hermano—. Es una gran guerrera la que tienes —continúa Slayer—. Me dijiste que estabas listo para hacerla tu habitual y ella me dijo que estaba loca por ti. Así que...

Se hace a un lado. Varios motoristas le siguen. No lo entiendo hasta que veo a mis padres.

¡No lo puedo creer!

—Mi querida niña, por fin has elegido a un compañero. Ya era hora. Me alegro de que por fin hayas encontrado un hombre adecuado para ti.

Le abrazo y luego abrazo a mi madre, que no puede contener las lágrimas.

Mi padre se vuelve hacia Jordania y reanuda su discurso.

—Joven. Si alguien me hubiera dicho un día que iba a entregar a mi hija a un motorista, me habría desplomado de risa. El destino es extraño a veces. De todos modos, ahora eres parte de la tribu.

—Gracias, jefe Ouray. Cuidaré de tu hija y haré todo lo posible para que sea feliz —le dice mirándole a los ojos y con el pecho hinchado de valor.

—Será lo mejor, por tu propio bien.

Se dan la mano y mi madre abraza a Jordan.

—Vengan a vernos a menudo, niños.

Jordan le da su palabra mientras Cherry llega como un tornado de buen humor.

—Todavía no ha terminado —dijo, entregándole a su hermano la chaqueta de cuero—. Adelante, hazlo. Te mereces ser feliz por fin.

Toma la chaqueta de las manos de su hermana y se vuelve hacia mí.

¿Espero que no vaya a hacer lo que creo que va a hacer?

Me muestra el reverso de la prenda que sostiene.

Cheyenne
"Propiedad de la serpiente."

Me cubro la boca abierta con las manos, ante la sorpresa.

¡Realmente lo hará!

—Cheyenne, ¿me harías el honor de convertirme en mi mujer habitual?

—¡Oh, Dios mío! ¡Sí!

Jordan me pone la chaqueta y nos besamos por primera vez.

No puedo creer que me haya instalado en tan poco tiempo. Pero lo que pasamos creó un poderoso vínculo entre nosotros.

—No ha terminado —digo.

Smart se acerca a él y le muestra un archivo.

—¿Qué es? —pregunta Jordan.

—Eso, mi hermano, es información que tu mujer me pidió que encontrara. Es la dirección de un tipo llamado Johnny Reese. ¿Significa eso algo para ti?

Se vuelve hacia mí y puedo ver la incompreensión en sus hermosos ojos azules.

—Estabas hablando en sueños. Es hora de recomponer tu vida. Es la hora de la venganza. Pero hay una condición.

—Lo que quieras, mi ángel.

—Conseguirás la dirección de este canalla cuando te levantes. Antes no. Iré contigo y eso no es negociable.

Veo a mi hombre despotricar, con las manos empuñadas.

—Hijo mío —mi padre interviene—. Es tan terca como una mula. Créeme, te haces un favor al aceptar. Y te ahorrará discusiones innecesarias.

—Vale, pero no te pondrás en peligro —me condiciona.

—Lo prometo —dice, besándome.

He vuelto a ganar. Siempre gano en el juego del más obstinado. Pero esta vez, debo admitir que papá me ayudó mucho.

—Cheyenne —me dice Cherry—. Hay alguien a quien le gustaría conocerte.

La sigo y me encuentro frente a una bonita morena de ojos verdes.

—Bella, te presento a Cheyenne. Cheyenne, ella es Bella.

—Es un placer conocerte, Bella.

—No se ofenda, pero quería saber cómo sería Pocahontas si fuera real.

—Nunca había visto a ningún nativo americano hasta hoy.

—No te preocupes, Jordan me habló un poco de ti. Puedes hacerme todas las preguntas que quieras.

—¡Slayer! ¡Tengo una nueva amiga!

Sigo su mirada y veo que Slayer y Jordan se acercan.

—Eso es genial, cariño. Me alegra ver que se llevan bien. Especialmente con lo que estoy a punto de hacer.

Slayer despliega la chaqueta en sus manos.

—¿Quieres ser mi habitual?

—¡Slayer! Sí, claro que lo quiero.

Cherry y yo estamos saltando de alegría.

Jordan me agarra por la cintura y me da un beso en el cuello.

Nos reunimos con todos en la sala principal, donde Slayer y Bella reciben una auténtica ovación.

Mi hombre está encantado. Tiene a su mujer en el regazo, a sus hermanos alrededor, un whisky en la mesa y un cigarrillo en la boca.
¿Qué más se puede pedir?

Capítulo 9: Snake

Empecé a hacer ejercicio de nuevo y a hacer mis cinco comidas al día.

Por fin he recuperado mi masa muscular, me siento mucho más fuerte. Ya era hora. Parecía un muerto de hambre, me había deteriorado tanto.

Mi Pocahontas me entrenó muy bien. Estuvo genial.

Por fin voy a tener mi venganza.

Salt Lake City, es la ciudad donde nací, pero es también la ciudad que me vio caer. El sol ya se ha puesto cuando llegamos.

Aparco el coche en el aparcamiento del hotel que he reservado para la semana.

Cheyenne me acompaña, como se acordó.

Estoy planeando mostrarle los alrededores y llevarla de compras. Sí, soy ese tipo de persona.

Que haya venido a vengarme no significa que no pueda pasar un buen rato con mi mujer. Además, la ciudad es bastante bonita si quitas a mi madre, a mi hermano y a todos los policías corruptos.

Voy a la recepción a buscar nuestra llave. Tengo las mangas de la camisa arremangadas y la recepcionista mira mis tatuajes antes de decirme que la habitación ya está ocupada.

Golpeo con el puño la encimera.

Cheyenne se une a mí, preocupada de que pueda hacer algo estúpido. Es cierto que estoy bastante nervioso en este momento, pero todavía no soy tan estúpido como para hacer nada.

—Bebé, ¿hay algún problema?

—Sí, la señora tiene un problema conmigo.

—En absoluto. Es que su habitación ya está ocupada por otra persona y todas las demás están ocupadas.

—Así es, y yo soy el presidente de los Estados Unidos. Quiero ver al gerente, ahora mismo.

Un hombre de unos cuarenta años llega a la recepción. Es extraño, porque me parece conocido.

—¿Jordan Parker? —pregunta, sorprendido—. ¿Eres realmente tú, chico?

—Lo siento, pero...

—El señor Walker, ¿te acuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Era el dueño de la cafetería donde solíamos ir a pasar el rato con mis amigos.

—Ahora eres un hombre. ¿En qué puedo ayudarle? —pregunta apoyando los codos sobre el mostrador.

—Reservé una habitación para mí y mi esposa.

—Es sublime —dice consultando el ordenador—. Ya la tengo. Sí, aquí tenemos una para ti.

El señor Walker toma la llave y me la da.

—Gracias.

—Que tengas una buena estancia, grandote. Y necesitas algo más no dudes en pedirlo.

Asiento con la cabeza y nos alejamos sin decir nada más.

El viaje en ascensor es eterno. Abrazo a mi mujer y la beso. Me alegro de que esté conmigo, porque me ayuda a contenerme.

Esta ciudad me pone de los nervios.

Llegamos a nuestro piso. Finalmente. Agarro la mano de Cheyenne y la guío hasta nuestra habitación. Nada más entrar, sus ojos se abren de par en par.

—¡Jordan! Esto no es una habitación, es... esto es...

—La suite de luna de miel, nena. Es como nuestra luna de miel —le digo al oído.

Se tira encima de mí y me besa ferozmente. Siento que sus manos atacan los botones de mi camisa. La despojo de la camisa y el sujetador.

Maldita sea, tiene unas tetas estupendas.

Me quita la camiseta y gesticula un momento antes de perder al menos ocho centímetros de golpe cuando se quita sus botas.

Me quito los zapatos y voy tras sus vaqueros.

—¿Está seguro? No estamos...

—¡Cariño! ¡Cállate y sigue con los que estamos haciendo!

Bien, no tienes que decírmelo dos veces.

Le bajo los pantalones y las bragas en un solo movimiento antes de lanzarme sobre su coño para devorarlo.

Está gimiendo y si sigue así, me voy a correr en los pantalones.

Me levanto y ella gruñe de frustración. La levanto y la conduzco al dormitorio como una novia. Termino de quitarle los vaqueros y las bragas, que aún están en sus tobillos, y luego me quito los pantalones.

Beso sus tobillos y subo a sus muslos, me quedó besando y lamiendo entre sus pliegues y ella se estremece a cada segundo, gime y me pide que no me detenga. No lo hago, no le niego la oportunidad de darle el placer que tanto desea; así que sigo hasta que la siento correrse en mi boca y me bebo todo su éxtasis.

La siento débil pero satisfecha y emprendo una subida de besos por su vientre, su abdomen hasta llegar a sus pechos, donde me deleito chupando, lamiendo y mordiendo con delicadeza sus erectos pezones.

Me sitúo para penetrarla cuando ella pone sus manos sobre mi pecho para detenerme.

—Tómatelo con calma, ¿vale? —su respiración es entrecortada y me mira con deseo.

—Por supuesto, mi ángel. Si no te gusta, me paras —le digo acariciándole con una mano una mejilla y con la otra le apretó el muslo derecho.

Retira sus manos de mi pecho y las coloca en mis bíceps y me introduzco en ella con la mayor suavidad posible.

Avanzo centímetro a centímetro mientras observo sus reacciones, sus labios se entreabren y me mira a los ojos.

Estoy tenso al extremo cuando llego al fondo de su coño.

—Muévete —me ordena con una sonrisa.

Me muevo a un ritmo lento y constante. Siento que se relaja y acelera ligeramente el movimiento. Empieza a gemir y a mover la pelvis al ritmo de la mía.

Es tan jodidamente bueno, se siente tan bien. Cheyenne se siente tan bien, tan húmeda y caliente.

—Jordan, sigue, ve más rápido —me suplica y le beso el cuello.

No puedo hacer otra cosa que obedecerle, me muero de ganas por complacerla, por hacerla llegar al punto máximo de placer.

Entonces le impongo mi propio ritmo. Mi polla entra de golpe en el fondo de su coño. Cada embestida le provoca un gemido de placer y a mí me excita al límite.

Necesito correrme, pero no antes de que ella lo haga. Así que sigo penetrándola hasta que tiene un orgasmo fenomenal y grita de placer, entonces sí me corro dentro de ella con un gruñido de puro placer antes de salir de su cuerpo y desplomarme a su lado.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó acariciándole la mejilla.

Ella asiente y viene a acurrucarse conmigo. Le doy un beso en sus labios que están hinchados por todos los besos que compartimos durante nuestra entrega. Ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo.

Mierda, realmente valió la pena la espera.

Mi princesa acaba durmiéndose en mis brazos.

No me atrevo a moverme por miedo a despertarla y acabo quedándome dormido.

Pero mi felicidad termina donde empiezan mis pesadillas.

Capítulo 10: Cheyenne

Hoy, Jordan me lleva a recorrer la ciudad y a hacer algunas compras. Intenté decirle que no podía permitírselo, pero es testarudo.

Recuerdo sus palabras exactas: «Cariño, tengo mucha pasta guardada en el banco desde hace años, déjame gastarla en ti»

Cedí, pero no debería esperar que gastara a manos llenas. Ese no es mi estilo.

Por fin sale del baño, con su larga melena cenicienta aún húmeda. Le saludo con un beso y le doy su café.

Puedo sentir que está nervioso. Debe ser difícil para él volver a esta ciudad después de lo que le ocurrió.

Bajamos a pesar de sus recelos y al pasar por delante de la recepcionista esta mira a Jordan con un mohín de disgusto.

Me suelto de la mano de mi hombre y me dirijo a la recepción. Doy una palmada en su mostrador sin importarme los clientes que me observan.

—Escúchame, zorra —digo con voz firme—. ¡Miras una vez más a mi marido así y te juro que te rompo los dientes! —Me doy la vuelta sin esperar su reacción y me uno a Jordan, que apenas puede contener la risa.

—Maldita sea, eres demasiado buena. Una verdadera esposa de motorista.

—Más me vale, porque soy una verdadera esposa de motorista.

Me coge de nuevo la mano y salimos del hotel.

Caminamos como una pareja sin problemas. Jordan me cuenta un poco sobre su vida aquí. A veces nos detenemos frente a las tiendas.

—¿Soy yo o la gente aquí tiene un problema con los tatuajes?

—En realidad, solo uno de mis tatuajes. —Me muestra su brazo izquierdo y los colores de las Águilas del Diablo—. Sí, tienen un problema con los motociclistas.

Es como en todas partes. Nunca me había dado cuenta de la aversión de la gente a los clubes de motos hasta que me convertí en asidua de Jordan.

No me importa. Jordan es una buena persona debajo de su exterior de tipo duro. Anoche me lo volvió a demostrar. Nunca pensé que fuera capaz de tanta dulzura y paciencia.

—Mira, cariño —me dice Jordan, señalando un escaparate al otro lado de la carretera.

¿Una sex shop? No puedo imaginar lo que tiene en mente.

—No necesito nada, tú eres suficiente para mí.

—Eso espero. Pero míralo mejor.

Observo mejor. Me lleva un tiempo comprender finalmente lo que realmente me está mostrando.

—¿No? —Miro con la boca abierta el vestido.

—Sí, lo es. Vamos, nena, vamos a conseguirlo para ti.

Me arrastra a la tienda y se dirige directamente a una joven vendedora de pelo morado. La mujer me mira y sonrío, me es imposible no sentirme muy incómoda.

La vendedora se va a la trastienda y sale con el traje de mi talla. No tengo idea de cómo supo mi talla.

—Lo vas a volver loco con esa ropa —dice en voz baja.

Se dirige a la caja registradora. Mi hombre paga la compra y nos vamos. No puedo creer que me haya comprado un traje así. Pero tengo que admitir que siempre quise saber cómo me vería en él.

Luego paramos en una cafetería. Jordan me dice que Cherry muere por el pastel de cereza que venden en este lugar.

Una mujer joven viene a servirnos un café y a tomar nuestro pedido. Pero se produce un altercado que llama la atención.

—Lizzie —grita la camarera hacia la cocina.

Un grupo de niños está acosando a otro niño de su edad. No sé quién es Lizzie, pero será mejor que haga algo al respecto.

Jordan se levanta. Le agarro de la muñeca y le recuerdo que solo son niños. Asiente y se une a ellos. Se sitúa, con los brazos cruzados, entre la víctima y sus atacantes.

Los jóvenes lo miran de pies a cabeza. O más bien de la cabeza a los brazos.

Eso es todo lo que se necesita para que huyan.

Llega una señora mayor. Supongo que debe ser Lizzie.

—¡Abuela! —grita el niño, precipitándose en sus brazos.

—Muchas gracias por su intervención, señor.

Jordan se da la vuelta y Lizzie se tapa la boca con las manos, ahogando un «Oh, Dios mío»

—Hola, mamá.

—¿Jordan? ¿Eres realmente tú? —La mujer se nota bastante impresionada. Al parecer no puede creer que la persona que tiene en frente exista.

Mi hombre pasa junto a ella y se une a mí.

—¡Vamos!

—¡Oh, no! ¡No puede ser! Me prometiste el mejor pastel de la ciudad.

—¡Cariño!

—No me voy a mover hasta que me haya comido mi pastel.

A decir verdad, me importa un bledo la tarta. Hemos venido hasta aquí para enderezar su vida. Es el momento de que ordene su familia, aunque sea difícil.

—Maldita sea, tu padre tenía razón. Eres terca como una mula —refunfuña tomándome de la mano.

—Y aún no has visto nada —le sonrío.

Pone cara de circunstancias y me cabrea. Me acerco a él y le digo en voz baja.

—Si no eres amable, no me pondré el traje que has comprado.

Chasquea los labios y luego me regala su mejor sonrisa. Me vuelvo hacia Lizzie, que espera desesperadamente una mirada de su hijo.

—Encantada de conocerla, señora Parker. Soy Cheyenne, la esposa de Jordan.

—¿Te has casado? —le pregunta a Jordan—. Se ve encantadora. Me alegro mucho por ti.

No reacciona. Sé que se esfuerza por contenerse.

—Podrías venir a cenar a casa esta noche, con tu mujer, por supuesto. Tu hermano estará allí.

—No quiero verlo. —pudo sentir la rabia en la voz de mi esposo.

—¡Cariño! —súplica la señora Parker.

—¡Bien! ¡Muy bien, iremos! Pero si ese gilipollas me cabrea demasiado, ¡juro que le doy una paliza! —condicionó con los dientes apretados.

—Gracias, te dejará en paz. Lo siente mucho, ya sabes.

Jordan frunce el ceño. Le agradezco a Lizzie su invitación y le prometo que le llevaré a su

hijo, aunque tenga que arrastrarlo hasta allí.

—¿Y cómo se las arreglará sin la dirección?

—Tengo el número de Smart —digo, mostrándole mi teléfono.

Intenta quitármelo, pero lo vi venir y soy más rápida. Se rinde ante mí y nos comemos la tarta en completo silencio.

Capítulo 11: Snake

No me atreví a seguir enfadado.

Después de unos minutos, le cogí la mano y me dedicó su mejor sonrisa.

Me derretí como la nieve al sol.

Al salir de la cena, Cheyenne decide que necesito una camisa nueva para esta noche. Como si no tuviera suficiente.

Pasamos el día caminando de la mano, como dos personas anónimas. O casi.

Por eso conseguí una habitación en un hotel en lugar de ocupar el Salt Lake Eagles. Quería a mi mujer para mí solo.

Cuando volvemos al hotel, la recepcionista no se atreve a levantar la vista, lo que divierte mucho a Cheyenne.

Tenemos el tiempo justo para prepararnos para la cena de esta noche. La camisa que mi mujercita eligió para mí me queda como un guante. Tiene buen gusto, debo admitir.

Me recogí el pelo en un moño y me recorté la barba. De ninguna manera iba a parecer un desastre.

Cheyenne también se ve muy bien. Me quedé de piedra cuando salió del baño con sus vaqueros ultra ajustados y una blusa blanca que dejaba ver el color de su ropa interior.

Lleva un toque de rímel para la ocasión. No necesita nada más para estar estupenda.

No me suelta la mano en todo el camino. Sabe que estoy temiendo esta cena familiar. Especialmente por mi hermano. No nos separamos en los mejores términos.

Cuando llegamos, es el chico de la cafetería quien nos abre la puerta. Me di cuenta de que había llamado a mi madre abuela. Joder, ¿es el hijo de mi hermano? Ni siquiera lo reconocí.

Entramos y mi madre se apresura a darnos un abrazo. No me inmuto. Es por el bien de Cheyenne que lo hago. Necesita que esté estable en mi cabeza y para eso necesito hacer las paces con mi pasado.

Mi hermano está esperando en la sala de estar. Ha cambiado. Parece que se ha extinguido. Supongo que la vida no ha sido amable con él en los últimos cinco años.

Doy un paso adelante y extendo mi mano. Es lo mejor que puedo hacer en este momento. Pero él no lo ve así y me toma en sus brazos.

—Si supieras cuánto me culpo. Debería haberte apoyado —se lamenta y hace su abrazo más fuerte. No sé qué decirle, así que le froto la espalda—. Tenías razón, Jo, ese tipo es una escoria. Te estaba buscando y me amenazó. Te busqué, pero estabas fuera de circulación. Mató a mi esposa en un ataque de ira. Si hubiera confiado en ti...

—Basta, lamentarse no cambiará el pasado. Todos cometemos errores.

—Intenté que lo encerraran —dice angustiado—. Por el asesinato de mi esposa, pero se salió con la suya. Otra vez. Ahora va a por mi hijo. Lo que viste antes era el hijo de Reese y sus compañeros.

—He vuelto a por él —dije simplemente—. Esta vez no lo dejaré ir.

—¿Por venganza? —me pregunta mirándome a los ojos.

Asiento con la cabeza y confronto su mirada.

—Te ayudaré si lo necesitas. Esta vez no te defraudaré —me hace su promesa mientras me aprieta el hombro.

¡Si lo esperaba! Pero creo que malinterpretó mis intenciones.

—Dylan, no solo voy a patear su trasero. ¿Te das cuenta de que estoy aquí para acabarlo?
—Quiero que sepa hasta dónde pienso llegar.

—Lo sé, sé en lo que andas. Mamá vio la marca de las Águilas del Diablo. Así que supongo que no vas a hacer nada del distinto a lo que ya vienes haciendo.

—Necesitaré una coartada. Seré el primero en la lista de sospechosos —le indico, no quiero andar con rodeos.

—Bien, diremos que estabas cenando en casa.

Estoy de acuerdo con su idea.

Al final, nuestro reencuentro no fue tan reñido como pensé que sería.

La noche va bien. Finalmente se dieron cuenta del daño que me habían hecho cuando la vida se les volvió en contra. Y yo, mientras tanto, había encontrado una nueva familia. Una nueva vida.

No me alegro de su desgracia. Solo veo que hay una justicia divina que se encarga de restablecer el equilibrio.

Cuando volvemos al hotel, me tiro en el sofá, aliviado de que todo se haya arreglado con mi familia. Bueno, casi. Todavía tengo que lidiar con Cherry. Va a ser difícil convencerla de que venga a ver a mamá.

Espero pacientemente a que mi mujercita despeje el baño. Cuando finalmente sale, todos mis planes para la noche se desmoronan.

Se lo puso. El traje indio del sex shop. Incluso tiene el pelo para acompañarlo. Realmente se parece a Pocahontas.

—¡Eres tan jodidamente hermosa!

—¿Crees que sí? —pregunta mientras se da la vuelta.

Miro el bulto de mis vaqueros y ella sigue mi mirada.

—No solo eres hermosa, eres francamente sexy.

Me pongo en pie de un salto y me lanzo sobre su boca.

Me echa los brazos al cuello. Aprovecho para subirle la parte inferior del vestido y agarrarle las nalgas. ¡No lleva bragas!

La levanto y ella ata sus piernas alrededor de mi cintura.

A la cama.

—¿No habrá juegos previos? —me susurra al oído mientras me aprisiona entre sus piernas

—No hay bebé, no hay juegos previos.

La pongo en la cama y me bajo los pantalones. Me tira de la camisa y me siento encima de ella.

Paso mis dedos por su coño. Ya está bastante mojada.

—Maldita sea, nena. Ya estás preparada para mí —gruño mientras hundo mis dedos un poco más dentro de ella.

Cheyenne no responde. Me besa como si necesitara mi boca para sobrevivir.

Rápidamente la acomodo en la cama y con la misma urgencia me desvisto, la penetro y empiezo a moverme con contundencia.

Mi polla golpea el fondo de su coño con cada golpe, haciéndola chillar de placer.

Acelero mi ritmo cuando veo que tolera bien mis asaltos.

Sus gritos de placer me vuelven completamente loco.

Sigo follándola a un ritmo frenético hasta que su coño se aprieta contra mi polla y vuelvo a hundirme en ella.

Me retiro y me pongo a su lado.
¡Maldita sea! Estuvo tan bueno que estoy temblando.

Capítulo 12: Snake

Pasamos el día siguiente en nuestra suite. Me la habría follado una y otra vez, pero necesito todas mis fuerzas.

Es la gran noche. Me puse unos vaqueros, un jersey negro y mis botas de moto.

Cheyenne va a pasar la noche en casa de mi madre. Todos coincidimos en nuestra coartada. Hank, el presidente de los Salt Lake Eagles, me dio el número de su abogado. Si me arrestan, Cheyenne lo llamará de inmediato.

También me prestaron una de sus motos. Un prospecto estará esperando fuera de la casa de mi madre para recogerla.

Todo listo. Esta noche, la familia Reese será un mal recuerdo. Me pongo los guantes y la gorra. Ya no hay ningún signo distintivo que me identifique.

Cheyenne me abraza y me aconseja que tenga cuidado. Le prometo que me cuidaré.

Me subo a la moto y me pongo en marcha enseguida.

Conduzco despacio. No quiero alarmar a la policía conduciendo demasiado rápido o saltándome los semáforos en rojo. Me detengo en la dirección que me dio Smart.

¿Quién carajo dijo que el crimen no paga? Este no vio la casa del bastardo de Reese.

Me bajo de la moto y me deslizo hacia el jardín. Ni siquiera hay guardias que me detengan. Realmente cree que está a salvo de todo. Me acerco silenciosamente a la puerta cuando oigo gritos desde el interior.

Extiendo la mano, cautelosa, y escucho.

—Detente a Johnny —grita una mujer—. ¡Lo vas a matar!

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡No tienes que darme órdenes!

Reconozco la voz de Reese. Sigue siendo el mismo a pesar de los años.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Por favor!

Se me huela la sangre cuando me doy cuenta de que es su hijo al que busca.

Fuerzo la cerradura y abro lentamente la puerta. Preparo mi arma con un silenciador.

—¡Te pedí que le dieras una paliza a Parker y solo lo empujas! ¡Eres un imbécil y un bueno para nada!

Mientras avanzo, oigo un fuerte golpe seguido de los gritos del niño.

Esto es todo. Por fin he llegado.

Entro en la habitación, localizo a Reese en una fracción de segundo y le apunto con mi arma.

—No te muevas, hijo de puta.

Analizo rápidamente la situación. El chico no golpeó a mi sobrino, su padre le dio una paliza y su madre intentó intervenir, recibiendo un puñetazo en el proceso. Lo que explica por qué está encogida contra la pared con la mano en la mejilla.

Miro al hijo que se arrastra junto a su madre. Antes de volver a prestar atención al padre.

—Rick, ¿por qué no golpeaste a Jason Parker? —increpo con ira.

—¿Cómo sabes mi nombre? —me pregunta está temblando de pies a cabeza.

—Responde a mi pregunta —siseo mientras sigo apuntando al miserable que tiene por padre.

—Nunca me hizo nada y siempre es amable con todos. Incluso intentó ayudarme cuando

vio que lo estaba pasando mal.

—He venido a matar a toda tu familia, Reese. Pero al final, tu mujer y tu hijo se merecen una vida mejor. Una vez que estés muerto, ellos serán libres.

Quiere levantarse. Doy un paso adelante y él se sienta rápidamente.

—¿Quién coño eres tú? —el temblor en su voz, deja claro que el hombre agresivo de unos instantes ha desaparecido, ahora frente a mí está uno que casi se mea en los pantalones.

Levanto la garra con un gesto.

—P... P... ¿Parker? ¿Jordan Parker? —titubea y empieza a sudar.

—Mataste a la esposa de mi hermano porque querías verme. Bueno, aquí estoy.

Es una pena que Blade no esté aquí, habría disfrutado del espectáculo.

Este idiota está a punto de mearse encima de verdad que sí.

—Ustedes dos —les digo a la madre y al hijo—. Una vez que me haya ido, llamarán a la policía, dirán que un encapuchado entró y lo mató. Nada más. Denles a los oficiales los documentos relacionados con toda la basura que esta rata hace.

Un movimiento de Reese me llama. Disparo. Una bala en la mano que intentaba abrir un cajón.

—Si hacen lo que les digo, todo irá bien. Sino lo hacen, tendrá un gran problema.

—Haremos lo que dices —dice la mujer—. Pero, por favor, sálvanos de este monstruo —dice la mujer gimoteando. Estoy seguro de que ve en mí a su ángel vengador.

—Bien. ¿Oíste eso, Reese? Ahora sí podemos ajustar cuentas.

Empieza a balbucear lo mucho que lo siente, que podemos llegar a un acuerdo y todas las demás tonterías que se le ocurren a un hombre al borde de la muerte. ¡Cabrón!

—No me jodas. Me torturaste y me diste por muerto. —Le disparo en el pie derecho y él grita de dolor. Pensé iba a ser menos cobarde.

—Pasé Dios sabe cuánto tiempo cavando mi salida —gruño mientras mantengo firmemente la pistola y observo como su pie se cubre de sangre.

Le disparo en el muslo izquierdo y grita aún más fuerte, incluso borbotones de lágrimas corren por sus mejillas.

—Pasé tres meses en coma y, cuando salí del hospital, me había convertido en la peste de la policía.

Le incrusto una bala en el hombro derecho. Sumergido en mi delirio de venganza, ya ni siquiera oigo sus gritos.

—Mi propia familia me rechazó por tu culpa. Has matado a mi cuñada y ahora atacas a mi sobrino —siseo y le meto una bala en el hombro izquierdo—. Y ahora me entero de que golpeas a tu hijo. Y eso, como ves, no lo puedo tolerar.

Disparo una última bala. Entre los ojos. Fin de la historia.

Miro al niño. Puedo ver en sus ojos que me ha reconocido.

—Ya sabes quién soy, no seas un idiota. Las Águilas te están observando.

Asiente con la cabeza. Sé instintivamente que no dirá nada.

Guardo la pistola, me bajo la capucha y salgo de la casa. Tengo el tiempo justo para volver a casa de mi madre sin tener que ser un gilipollas en la carretera.

Cuando llego, le entrego mi pistola, mis guantes y el pasamontaña al volante y le doy las gracias.

Le veo marcharse.

Cheyenne se lanza a mis brazos y la beso como si no nos hubiéramos visto en meses.

Mi madre y mi hermano también me abrazan.

Explico brevemente la historia de la mujer y el hijo de Reese.
Se sienten aliviados al saber que no los he matado.
No toco a gente inocente. Nunca lo hago.

Capítulo 13: Cheyenne

Me alivia que Jordan esté de vuelta en una pieza.

Todos estamos aliviados.

Durante su ausencia, me dediqué a tranquilizar a todo el mundo. Especialmente su madre.

Pobre mujer. Le aterraba la idea de volver a perder a su hijo.

Le hablé de nuestro encuentro. Fue duro y varias veces estuve a punto de romper a llorar.

Pero tenía que saber lo fuerte que era su hijo. Que se había convertido en un hombre al que nada podía detener, que nada podía asustarle.

Eso la reconfortó un poco. Me confesó que después de ver la marca de las Águilas, temía que se hubiera vuelto malo.

Desde su regreso, no le ha soltado la mano.

Me hace feliz verle rodeado de su familia. Solo falta una persona en esta mesa: Cherry.

Ella se negó a venir con nosotros. Pero tengo un plan para que vea a su familia le guste o no.

Dylan tuvo la buena idea de sacar el álbum familiar, que a mi hombre no parece gustarle. Al ver su hermoso rostro rubio, no puedo evitar burlarme de él.

—¡Pero el gran Skane peligroso era lindo! —digo señalando una foto en la que debía tener como unos tres años.

—Me muero de risa, nena.

Pero también está enfadado. Le beso antes de seguir mirando las fotos.

—Tío Jo, ¿por qué te llaman Snake? —pregunta el hijo de Dylan, con los ojos cargados de curiosidad.

Bueno, ni siquiera le pregunté. Al igual que Jason, espero la respuesta.

—Porque puedo colarme en cualquier sitio sin que se note. Y porque soy tan astuto como una serpiente.

«Y porque es muy bueno con la lengua». Me arden las mejillas al pensarlo. Y no se le escapó a mi hombre.

—Tú —dijo, apenas avergonzado por la presencia de su madre—. Has pensado en lo mismo que yo.

—Tal vez —dije, continuando a pasar las páginas del álbum—. ¡Oh, Dios mío! ¿Esta hermosa niña es Cherry?

—Sí —dice Lizzie—. Ella es mi Cara.

Cherry se llama en realidad Cara. No lo sabía. Era muy hermosa. Su pelo era un poco más claro que el de sus hermanos, pero tenía los mismos grandes ojos azules. Todos se parecen a su padre.

Era un hombre guapo y, además, policía. Murió en acto de servicio durante un tiroteo en el centro de la ciudad mientras evacuaba a civiles.

Una historia triste.

Dylan nos cuenta las tonterías que hacían él y Jordan de pequeños. Estábamos pasando una velada agradable hasta que el pequeño salón se iluminó con las luces intermitentes de la policía.

Jordan había predicho su llegada. No ha olvidado cómo trabaja la policía local.

Suena el timbre y Dylan abre la puerta después de enviar a Jason a su habitación.

—Anímate, Lizzie. Todo estará bien, confía en tus hijos.

Respira hondo y pone cara de valiente.

Dos policías entran en la habitación.

—Buenas noches, Lizzie —dice uno de los agentes.

—Jordan y Dylan Parker. Deben acompañarnos a la estación de la policía.

—¿Por qué? —pregunta mi hombre sin moverse ni un centímetro.

El policía que saludó a Lizzie habla. Parece mucho más agradable que su colega.

—Un simple interrogatorio. Pero le aconsejo que llame a sus abogados.

—De qué somos sospechosos exactamente —pregunta Dylan.

—Johnny Reese fue asesinado esta noche.

Jordan se echa a reír.

—¡Maldita sea! ¡Ya era hora de que alguien matara a ese bastardo!

—¿Te das cuenta de que se nos acusa aquí? ¡Venga, cabrón! Los seguimos.

Jordan me besa tiernamente y me pide que me quede con su madre. Obviamente, no voy a dejarla sola mientras llevan a sus hijos a la estación.

Lizzie y yo les vemos entrar en el coche de policía antes de volver a entrar a la casa. Llamo al abogado de las Águilas del Diablo y le explico la situación en detalle. También le pregunto si puede defender a Dylan.

Luego llamo a Slayer para decirle que la policía acaba de detener a Snake y a su hermano.

No hace falta explicarlo, él sabe lo que tiene que hacer. Si la policía de Salt Lake City quiere verificar que la moto de Snake sigue en Colorado. Slayer llamará a su contacto policial para agilizar el proceso.

Ahora solo tenemos que esperar a que los chicos vuelvan.

Tomo a Lizzie en mis brazos. Está llorando, pobrecita.

Jason baja para unirse a nosotros y se acurruca junto a mí.

Le paso un brazo por los hombros para reconfortarlo.

Será una noche larga.

Muy larga.

Capítulo 14: Snake

Conozco la comisaría como la palma de mi mano, la sala de interrogatorios también. Pasé horas en esa sala, pero me senté al otro lado de la mesa.

Llevo quince minutos dando vueltas. Tenían mucha prisa por traernos aquí, pero ahora se están tomando su tiempo. Parece que han olvidado que mi hermano es policía y que yo solía ser un policía.

Conozco todas sus técnicas de interrogatorio al dedillo. Esta última consiste en hacernos esperar para acumular presión. Y si tienen que subir la temperatura es porque no tienen pruebas. De lo contrario, ya estarían tratando de hacerme confesar.

Todo es más fácil con una confesión.

La puerta se abre sobre el policía de antes. El de la boca de tres metros de largo.

Se sienta y mira su expediente sin hablar conmigo.

Sé que no hay nada en este archivo, excepto las fotos de la escena del crimen y tal vez algún testimonio vago.

Ya le oigo decir que los testigos han visto a un hombre de mi estatura vestido de negro que se alejaba en una moto.

Básicamente, nada sólido.

El gilipollas por fin levanta la vista y me lanza una foto de la escena del crimen a la cara.

—Bueno —digo, con cara de sorpresa—. Quienquiera que haya hecho esto debe haberle odiado de verdad.

—Deja de actuar, Parker. Los testigos te vieron salir de su casa.

Oh, vamos. Y aunque fuera cierto, no podrían identificarme con mi gorro.

—No pude ser yo, porque no estuve allí.

—¿Y dónde estabas tú? —me interroga con desdén.

—No puedo decírtelo, no sé cuándo murió.

—Necesito saber todo lo que hiciste durante el día.

Vale, lo admito, es astuto. Pero yo también.

—Así que —suspiro al tiempo que apoyo mi espalda en la silla y me cruzo de brazos—, mi mujer y yo nos levantamos tarde, sobre las diez de la mañana. Estábamos agotados de follar toda la noche. Al mismo tiempo, su traje de india, mmmh. ¿La viste cuando nos recogiste? Una verdadera Pocahontas. En fin, nos pasamos el día follando como conejos. Salimos del hotel sobre las 4:30 para ir a cenar a casa de mi madre. Nos hizo su famoso gratinado de coles a la milanesa. Estuvo mortal, no es un juego de palabras. Todos estábamos mirando el álbum familiar cuando tú y tu colega llegaron.

No parece satisfecho. Sigue tomando notas, con la mandíbula tensa como un tambor. Quiero cabrearlo.

Si no tuvo tiempo de escribirlo todo, hay una cámara en esta sala que lo grabó todo. Se levanta y sale de la habitación. Me pregunto si se ha dado cuenta de que no tiene ninguna posibilidad conmigo.

Vuelve con un folio tan largo como el brazo.

—¿Sabes lo que hay ahí? Es tu expediente, imbécil.

—No lo creo. Creo que es un expediente de queja que presenté contra Reese.

Personalmente, no tengo antecedentes penales. Puedes comprobarlo. Soy un ciudadano honrado del estado de Colorado.

—Lo odiabas y decidiste vengarte —me increpa mirándome a los ojos, en busca de algo que culpa, algo que definitivamente no siento.

—¿Después de cinco años? ¿En serio? —sonrío irónico.

—¿Y por qué no? —se ve que le molesta mi actitud despreocupada.

—Esto es ridículo. Seamos claros, tú tienes un motivo, yo tengo una coartada. Afirmas tener testigos, lo cual dudo mucho dadas tus preguntas aleatorias. Tampoco tienes pruebas, y mucho menos un arma homicida, en cuyo caso ya habrías tomado mis huellas. No tienes nada en contra de mí. Estás perdiendo el tiempo. Y tú estás desperdiciando el mío.

No responde y se dirige a la puerta.

—Una cosa más. Mi abogado debería estar aquí en cualquier momento. Cuando llegue, por favor envíamelo.

Sale y da un portazo. Creo que está loco. Eso es bueno.

La puerta se abre de nuevo, esta vez sobre Steve. Es un buen tipo. Parecía triste cuando dejé a la policía. Incluso me había expresado su apoyo en este caso.

—Hola Jo —dice, sentándose—. Ha pasado un tiempo. ¿Cómo has estado?

—Prueba todo lo que quieras, no tengo nada que decirte. Lo del policía bueno y el policía malo, incluso en el cine, hace tiempo que no funciona.

—Mira, Jo. Muchos nos alegramos de que esté muerto. Era un canalla. Si fuiste tú, gracias, amigo.

Su teléfono vibra, lo mira y me dice que ha llegado mi abogado y que soy libre.

Me levanto y salgo de la habitación.

En el pasillo me esperan mi hermano y mi abogado. Le doy la mano al notable, recojo mis pertenencias y nos vamos.

—¿Cómo llegamos a casa? —pregunta mi hermano.

Tomo mi teléfono móvil y llamo a Hank para que nos envíe a alguien. Enciendo un cigarrillo y me apoyo en la pared.

—Ya vienen a recogernos.

—Bien, no quería pasar la noche aquí. Estoy aquí lo suficiente durante el día.

—Me sorprendes.

Cuando llega el coche con la música a tope, me dan ganas de matarme.

No me muevo de donde estoy, así que el conductor se baja.

—¿Vas a subir o qué? ¡No tengo tiempo para eso!

—Así que, en primer lugar, vas a bajar el volumen, no tolero esa mierda. Una palabra a tu Prez y estás fuera. Dos, vas a apagar tu puta música y tres, vas a esperar a que termine mi cigarrillo.

—Y sabemos quiénes son para hacer estas amenazas.

Me subo las mangas, con mi tatuaje a la vista.

—Soy el vicepresidente de la sección de Denver, imbécil.

—Mierda, lo siento, no lo sabía. Tómate tu tiempo, no tengo prisa. Te espero en el coche y apago la música.

Mi hermano me mira, con los ojos redondos como platillos.

—Le has dado un susto de muerte. ¿Qué tiene de especial la sección de Denver?

—Es la sede madre. Venga, vamos a casa.

Subimos al coche para que nos lleve de vuelta a casa de mi madre.

No puedo esperar a ver a mi esposa de nuevo. Solo ella puede relajarme. Y Dios sabe que lo necesito.

Capítulo 15: Cheyenne

Cuando la puerta principal se abre, los tres saltamos.

Creo que por fin nos hemos quedado dormidos.

Me lanzo sobre mi hombre cuando apenas ha cruzado el umbral del salón y le beso como una loca.

Jason se lanza a los brazos de su padre.

Y Lizzie está esperando que liberemos a sus hijos para poder abrazarlos a su vez.

Nos ofrece pasar la noche en su casa. Es cierto que es muy tarde. O muy temprano, según se mire, pero Jordan se niega amablemente.

Nos despedimos de toda esta gente y volvemos al hotel.

Nos vamos a la cama completamente vestidos y dormimos abrazados.

El fin de semana ha pasado volando y nos vamos. Le prometemos a Lizzie que volveremos a verla pronto y nos subiremos al coche.

Jordan comienza a conducir y nos dirigimos a Colorado.

Cuando por fin llegamos al club, es un lío monumental. Los chicos están sacando mesas y sillas rotas de la sala principal. Jordan va a ver a sus hermanos y pillo a Bella sacando una bolsa de basura.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Ha sido atacado el club? —pregunto sin poder ocultar mi sorpresa de ver todo ese desastre.

—No, hubiéramos preferido que fuera así. Blizzard fue el que se volvió loco.

—Espera, ¿no es Blizzard el tipo súper tranquilo y súper frío que nunca habla?

—Sí, el mimo. No entendimos nada. Entró un tipo, un abogado, creo. Hablaron un rato y cuando Blizz volvió, Slayer le preguntó si todo estaba bien. Fue entonces cuando se puso como un loco.

—¿Se han peleado?

—Oh, no, ha sido Blizz el único que ha roto todo.

¡Increíble!

Me dirijo a la gran sala. Hay cristales rotos por todo el suelo. No queda ni una sola botella intacta y todos los muebles están destrozados. Incluso el contador lleva las marcas de la furia de Blizzard.

Me uno a Jordan que está en una profunda conversación con Slayer.

—Siento molestarte, pero tengo un hermano que trabaja con madera. Tal vez pueda hacer algo por el contador.

—Sería estupendo —dice Slayer—. Con toda la mierda que hemos pasado, prefiero no tener extraños cerca.

—Lo llamaré y luego iré a ayudar a limpiar.

Beso a mi hombre y dejo que hablen entre ellos.

Las palabras de Slayer me conmovieron profundamente. No ve a los miembros de mi familia como extraños. Quién lo iba a decir, si hace solo unos meses las Águilas y mi pueblo se odiaban.

Saco mi teléfono y llamo a mi hermano. Está encantado de trabajar en este mostrador. Tengo que admitir que está muy bien hecho. Habría sido una pena cambiarlo por unos cuantos

golpes y mellas.

Voy a unirme a las otras mujeres del club. Algunas están allí para ayudar. Cojo una escoba y me alejo, charlando con Bella y Meryl.

Me resulta extraño no ver a Cherry.

Estoy a punto de hacer esta pregunta a las chicas cuando veo que mi hombre agarra un tablero que estaba tirado en el suelo y lo hace chocar con una pared al otro lado de la habitación.

Mierda, no es bueno cuando se enfada así. Escucho a Slayer tratando de calmarlo.

—¡Jordan, nene! Dime qué pasa.

Da vueltas como un animal enjaulado, con la cabeza entre las manos.

—¡Esa pequeña tonta se ha ido a la mierda! Le juro, voy a encontrarla y matarla con mis propias manos.

—¿Cherry?

—Sí. Estoy harto de sus gilipolleces.

Me acerco cautelosamente a él y le froto suavemente los brazos. Sin previo aviso, me toma en sus brazos y acurruca su cara en mi cuello.

Mi pobre amor.

¿Qué pasó por la cabeza de Cherry para que se fuera así?

—La encontraremos, cariño.

—Ya he puesto a todos en el caso —dice Slayer—. No llegará muy lejos, te lo garantizo.

Espero que tenga razón. Me preocupa mucho que esté por ahí sola. Nunca se sabe lo que puede pasar, lo sé.

—Vamos, nene. Vamos a dar un paseo fuera, te hará bien.

Jordan me coge de la mano y le conduzco fuera. Caminamos durante un rato antes de que me decida a hacer la pregunta que ha estado ardiendo en mi mente.

—¿Tienes alguna idea de lo que podría haber hecho que se fuera?

—No, nada. Siempre sospeché que estaba huyendo de algo o de alguien. Pero nunca quiso decírmelo. Tampoco he buscado mucho. Aquí estaba a salvo. Si hubiera insistido...

—¡Para! No tienes nada que reprocharte. Tuvo la oportunidad de confiar en ti y eligió no hacerlo. Nada es culpa tuya. ¿De acuerdo?

—Bien, cariño.

—Tienes que mantener la calma. Esa es la mejor manera de seguir adelante y recuperarla —digo con mis manos en sus mejillas y mis ojos en los suyos.

—Tienes razón.

—Si alguien estuviera en tu situación, ¿qué le aconsejarías que hiciera?

—Para ahondar en su pasado.

Saca su teléfono.

—¿A quién llamas?

—Mi madre. Necesito saber por qué Cherry se fue de casa hace cuatro años. Estoy seguro de que tiene algo que ver con eso.

—¿Te das cuenta de que vas a tener que decirle que ha desaparecido? Tal vez sea mejor que se lo diga yo.

Me entrega su teléfono con una mirada resignada y yo hago la llamada y espero a que Lizzie conteste.

—Lizzie, es Cheyenne... Sí, sí, Jordan está bien... No, el viaje fue bien... Lizzie, la razón por la que te llamo es por Cherry... No, pero se fue sin avisar... No, no sabemos a dónde fue, por eso te llamo... Jordan cree que tienes algunas respuestas que podrían ponernos sobre su pista...

Espera, te pongo en el altavoz.

Lizzie está llorando cuando la pongo en el altavoz.

Espero que consiga contarnos la historia de Cherry hasta el final. Si no, no tendremos ni una sola pista.

Capítulo 16: Snake

¡Maldita sea! Puedo oír a mi madre llorando en el teléfono y me está comiendo las tripas.

A pesar del dolor que me ha causado en el pasado, nunca pude soportar sus lágrimas.

—Mamá, por favor. Realmente te necesitamos calmada.

—¿Jo? —responde mi hermano—. Acabo de regresar. ¿Qué pasa? ¿Por qué llora mamá?

—Cherry ha huido.

—¡Otra vez!

—Sí, y necesito saber por qué se fue hace cuatro años.

—Te daré la versión corta. Un poco después de que te fueras, conoció a un tipo mayor y empezó a salir con él. Busqué su nombre en nuestros archivos. Tenía unos antecedentes penales más largos que mi brazo. Drogas, asalto, robo a mano armada. Todo lo que hay que hacer. Le mostré su historial y le dije que no lo volviera a ver. Hice todo por ella, créeme. Entonces, un día, mamá me llamó llorando para decirme que Cara se había ido con él. No volvimos a saber de ella hasta que acudió a ti y le hiciste una llamada.

—¿Cuál es el nombre de ese imbécil?!

—Tyler Griffin.

—¿Es de verdad? Ya he tratado con él, un traficante de poca monta.

—Jo, he intentado localizarlo. Desapareció de la circulación de la noche a la mañana.

—No te preocupes, lo encontraré. Cuida a mamá. ¿De acuerdo? —le pido, lo menos que quiero es que ella se angustie.

—Cuenta conmigo. Mientras esperaré que me des noticias.

—Sí, nos vemos luego, hermano.

Termino la llamada y guardo mi teléfono.

No puedo creer que mi hermana haga algo así.

¿Cómo puedes venir de una familia de policías y acabar en los brazos de un traficante de drogas?

Dejo a Cheyenne para que ayude a limpiar la sala y me dirijo a ver a Smart.

El hermano está frente a sus pantallas en el búnker.

Sí, he dicho búnker.

Ahí es donde escondemos las cosas ilegales. Como los equipos informáticos del niño cuestan una fortuna y los genios no se encuentran en cada esquina, ahí lo ponemos a él y a sus ordenadores.

La entrada al búnker también está escondida. Los policías pueden entrar cuando quieran, no lo encontrarán.

Smart me saluda sin apartar la vista de sus pantallas.

—¿Qué puedo hacer por ti Snake? —dice y le da un trago a su lata de Red Bull.

—Necesito que encuentres a Tyler Griffin por mí. El tipo desapareció sin dejar rastro hace cuatro años.

—Siempre hay rastros, solo hay que saber dónde buscar. ¿Esto es por tu hermana? —me pregunta mientras teclea con gran habilidad y varias ventanas se abren en la pantalla.

—Sí, ¿puedo contar contigo? —le pregunto y me acerco más a la pantalla.

—Está bien, puedo ayudar en algo, pero esto se llevará su tiempo. Te llamaré en cuanto

tenga algo.

—Gracias hermano —le doy una palmadita en el hombro y dejo que el chico haga su trabajo, regreso a la sala para ayudar a los demás.

Me pregunto qué habrá pasado por la mente desquiciada de Blizz para que se le vaya la olla. Suele ser bastante tranquilo. Demasiado tranquilo, de hecho.

La sala es un verdadero desastre. Incluso las paredes han recibido una paliza y también nuestro hermoso mural. Tendremos que repintar todo.

Eso, las mesas y sillas, el mostrador y las botellas que hay que cambiar, nos costarán un ojo de la cara.

Mi mujer habla con Slayer mientras le hace grandes gestos. Creo que entiendo que se trata de pintura.

Está llena de vida y se preocupa de verdad por el club. No podría haber encontrado a una mujer mejor.

Pasamos la mañana vaciando la habitación y barriendo todo. No queda nada más que el mostrador. El hermano de Cheyenne debería llegar pronto para ver en qué estado está y si es posible recuperarlo.

—He encontrado uno —dice Smart mientras se une a nosotros en el patio.

—¿Quién? —preguntamos todos juntos.

—Hércules.

¡Ese traidor hijo de puta! Ese hijo de puta se salió con la suya después de ayudar a Damian a escapar del club.

Smart lo encontró por casualidad mientras miraba vídeos en la red. El imbécil fue filmado durante una pelea clandestina.

Slayer y yo nos miramos por un momento. Nos entendemos. Hércules se va a arrepentir de haber puesto un pie entre nosotros.

Ni siquiera necesitamos un plan. Slayer conoce el planificador de la lucha. Ya tenemos nuestras entradas.

Queda por decidir quién luchará. ¿Él o yo?

Prefiero que sea él. Todavía no me he recuperado del todo. Además, como Prez, tendrá el placer de golpear al traidor.

El resto del club la tomará con él después.

Sean cuales sean las razones que haya tenido para hacerlo. No toleramos a los traidores.

Una vez traidor, siempre traidor.

Es como si ya estuviera muerto.

Slayer nos dice que está planeando pelear esta noche. Quiere zanjar el asunto lo antes posible para que podamos centrarnos en las otras mierdas del club. Damian, mi hermana y Blizzard.

El hermano todavía no ha salido de su habitación desde que Razor y Blade lo llevaron allí a la fuerza.

No me gusta. Mi instinto de ex-policía me dice que algo malo debe haberle ocurrido en el pasado. Algo tan traumático que nunca lo superó.

Tengo que ir a hablar con él.

Capítulo 17: Snake

Llego a la puerta de Blizzard.

Solo espero que se calme y acepte escucharme. Y si pudiera hablar conmigo, sería aún mejor. Golpeo tres veces.

No hay respuesta.

—¿Blizz, hermano? Es Snake. Voy a entrar —le aviso para que no sienta que mi presencia ahí es una imposición.

Abro la puerta y lo que veo me revuelve las tripas y el corazón.

Blizzard, la montaña de hielo se acurrucó en la esquina de la habitación como un niño asustado.

Su pelo, casi negro, está desordenado en su cabeza. Sus ojos marrones están hinchados y húmedos.

Blizz está llorando, lo hemos visto todo en este club.

Me siento con las piernas cruzadas en el suelo, pero permanezco a una distancia razonable.

No es la primera vez que me encuentro en esta situación.

No te puedes imaginar la cantidad de intervenciones que tiene que realizar la policía por historias de abusos a menores o algo peor.

—Me voy a quedar aquí contigo. No sé lo que te ha pasado, lo que has vivido en el pasado. Pero estoy aquí para ti.

Sé que me escucha, aunque no reaccione.

Me siento en silencio.

Está muy bien decir que las víctimas de cualquier tipo de trauma deben hablar de él. Esto no siempre es fácil. Muchas de estas víctimas no son tratadas por especialistas y tienen que pasar su vida enfrentándose a los demonios de su pasado.

Otros simplemente son incapaces de expresar con palabras lo que han vivido. Esto suele ocurrir con los niños, que a menudo no entienden lo que se les ha hecho.

Creo que Blizz entra en ambas categorías.

Así que espero. Una palabra, una frase, un nombre. Cualquier cosa que pueda ponerme en el camino correcto.

Llevo más de cinco horas estancado. Me falta la pelea de Slayer. Pero sé que lo hará bien. Igual él sabe que estoy fuera es por el bien del club.

Blizz finalmente se digna a mirar hacia mí. Veo desesperación y miedo en ellos.

—Queremos ayudarte, hermano. Solo dime algo que me permita ayudarte.

Sus brazos tiran de sus muslos con más fuerza contra su pecho y sus dedos están tan apretados que parece que van a clavarse en sus piernas.

—Nicolas... Harding.

Asiento con la cabeza. Me levanto lentamente y prometo volver pronto.

Salgo de la habitación y voy directamente al búnker.

—¡Smart! Te necesitamos.

Veo al pequeño genio desplomado en su silla de oficina enderezarse como si hubiera hecho lo peor del mundo.

—Nicolas Harding, busca información.

Comienza a escribir en su teclado. Al mirar sus pantallas, me doy cuenta de que estaba viendo la pelea. Slayer lo está haciendo muy bien para un tipo que no se ha subido a un ring en años.

—Oh, el archivo está sellado —pudo sentir que se siente impotente, sobre todo porque para él no hay casi nada imposible.

—Me lo imaginaba. ¿Puedes abrirlo?

—Sí, dame una hora o dos.

—Llámame cuando esté hecho.

Salgo al patio y me fumo un cigarrillo antes de ir a ver a mi mujer. La he descuidado un poco, pero sé que entiende lo importante que es.

Estaba tan preocupada como yo cuando se enteró de lo de Blizz. Pero para mí, estoy aún más preocupado desde que fui a ver a Smart.

Los archivos sellados rara vez esconden cosas buenas. Bueno, en realidad nunca.

Estos casos suelen ser de menores.

Hay quienes han metido la pata y han seguido con su vida. Es una especie de reinicio, un nuevo comienzo.

Y hay quienes han sufrido cosas tan horribles que preferimos, supuestamente por su propio bien, que no salgan a la luz.

Yo lo llamo esconder el problema, o enterrar la cabeza en la arena. Pero ocultar el problema no significa que ya no esté ahí. Al contrario. Un día u otro, te estallará en la cara.

Espero que Blizz y Nicholas Harding no sean la misma persona, de lo contrario vamos a tener un puto lío con el que lidiar.

Los pasos se acercan. Lento, pesado y regular. Reconozco a Blizzard y le entrego mis cigarrillos.

—¿Cómo te va?

Saca un cigarrillo y lo enciende antes de responderme.

—No pasa nada. Ya estoy mejor que antes.

—Bien por ti, hermano. Estoy tranquilo.

Nos quedamos mucho tiempo sin decir nada. El silencio se rompe de repente con el sonido de las motos que se acercan a nosotros.

—Blizz, hermano —exclamó Razor, bajando de su moto—. Me alegra ver que te estés mejor.

Slayer viene hacia nosotros mientras los prospectos sacan al traidor de la furgoneta.

—¡Deberías haber visto cómo lo destruí!

—Te vi en las pantallas de Smart. Lo has hecho bien —lo felicito y luego doy la última calada de mi cigarrillo.

—¡Está claro! ¡Soy el mejor!

Se vuelve hacia Blizz y recupera la seriedad.

—¿Estás bien? —pregunta, evidentemente preocupado.

—Sí. Pero derribé todo en la sala grande y...

—No te preocupes. Todos entendemos que no estés bien y no te culpamos. Solo estamos preocupados por ti y nos gustaría ayudarte.

Blizz me mira con esa desesperación y terror en sus ojos de nuevo.

—Ya estamos trabajando en ello con Smart. Estamos esperando algo para hablar con los demás.

—De acuerdo, confío en ti.

Me despido y me voy con mi Pocahontas. Necesitaré descansar para estar en forma mañana.
Mi princesa ya está en la cama. Me desnudo y me deslizo bajo las sábanas.
Se da la vuelta mientras duerme y se acurruca contra mí.
Beso su frente y dejo que el sueño me lleve a mis pesadillas.
Solo descansaré de verdad el día que mate a Damian.

Capítulo 18: Snake

Hoy tengo mucho trabajo, pero eso no me ha impedido darle a mi mujer unos cuantos orgasmos nada más levantarme. Tres, para ser más específico.

Podría hacer las cosas en orden. Primero, iré a ocuparme del traidor. Los hermanos probablemente ya han estado allí. Soy el último. Lo que significa que tendré el gran placer de acabar con él.

Me encuentro con Slayer que me confirma que es mío y bajo al sótano.

Hércules cuelga de una cadena.

No es tan malo como pensé que sería. Sospecho que los chicos se han estado conteniendo por mí.

Tanto mejor, podré desquitarme con él durante más tiempo.

¡No puedo creer que ese imbécil me haya quemado con Damian!

Solo tiene lo que se merece.

—¿Dónde está Damian? —Mi tono es seco y firme.

No responde. Le doy un puñetazo en la cara. No necesito una cadena o un cuchillo o Dios sabe qué más para hacerle sufrir.

Mis puños son más que suficientes.

—¿Dónde está Damian? —Lo golpeo de nuevo. En el estómago, en las costillas, en su fea cara—. ¡Dime dónde está, imbécil!

—Vete a la mierda —murmura y tose sangre.

Muy bien, eso es todo, he tenido suficiente.

Lo libero de sus cadenas y se desploma como una mierda.

Empiezo por patearle donde pueda. Se enrolla en una bola para protegerse.

¡Ni siquiera en mis sueños! Me pongo a horcajadas sobre él y lo agarro por el cuello antes de empezar a golpearlo de nuevo.

Y llamo una y otra vez, hasta que la puerta se abre.

—Snake —me llama Slayer—. ¿Puedes venir un momento?

Agarro un paño para limpiarme las manos ensangrentadas y me uno a mi Prez fuera de la habitación.

—Tenemos información sobre tu chico, Tyler Griffin. No te va a gustar, hermano —dice mientras hace una mueca de preocupación.

Le escucho con atención. Mientras habla, me hierve la sangre en las venas. Voy a atrapar a ese bastardo. Voy a arrancarle los dientes uno por uno. Voy a cortarle las pelotas y hacer que se las coma. Voy a...

¡Voy a acabarlo!

Dejo a Slayer ahí parado como un idiota. De todos modos, ni siquiera puedo oír lo que está diciendo. Estoy muy enfadado.

Voy a volver y a darle una paliza a ese otro gilipollas. Sí, voy a descargar mi ira con él.

Lo aplasto hasta que siento que se le rompen los huesos. Hasta que me rompo los nudillos. Lo haré hasta que muera. E incluso entonces seguiré pegándole.

Siento que alguien intenta detenerme. Le doy un puñetazo y continuo golpeando el cadáver del traidor. Una y otra vez.

Oigo una voz en mi cabeza que me dice que pare. No lo escucho. Así que cada vez es más fuerte. Y cada vez suena más real.

—¡Jordan! ¡Déjalo, ya es suficiente!

Me detengo en seco y me doy la vuelta lentamente.

Cheyenne está ahí, junto a Slayer. Me mira con ojos horrorizados.

—¡Sácala de aquí, joder! —exijo molesto, no entiendo por qué carajos la dejaron entrar.

—¡No voy a salir sin ti!

Maldita sea. Paso de largo, enfurecido. Ha ganado. Ha vuelto a ganar. Ella siempre gana.

Slayer nos lleva a su despacho y le repite lo que me ha dicho mientras me atiende. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no explotar de nuevo.

Smart aún está rastreando al imbécil que salía con mi hermana, pero lo poco que ha encontrado ya es escalofriante.

Utilizando sus huellas dactilares y una foto de su taquilla, Smart pudo sacar quejas con su boceto.

La policía tiene el equipo, pero supongo que no querían molestarse con las prostitutas.

Este hijo de puta entrena a las prostitutas. Pero no de cualquier manera. Secuestra a las niñas y las entrena para que obedezcan. Luego las prostituye. Primero en clubes privados, luego en la calle.

Las chicas que se niegan a obedecer son drogadas y puestas a disposición de los clientes en un burdel.

¡Maldita sea! No puedo imaginar que le haga eso a mi hermana pequeña.

Si se atreve a poner sus sucias manos sobre ella, tengo la sensación de que va a ser una masacre.

—Puse a todos los chicos en el lugar. Ya sea él o tu hermana, tenemos ojos y oídos en todas partes.

—Gracias, amigo. Y perdón por lo del puño.

—No es gran cosa. Un hematoma más o menos no hace mucha diferencia.

Charlamos un rato, tomamos una copa y luego llevo a Cheyenne a mi habitación.

Una maldita habitación. Debería haberle ofrecido algo mejor que eso desde el principio.

—Cariño, cuando acabemos con toda esta mierda, nos compraremos una casa con un enorme jardín donde podrás cultivar todas las frutas y verduras que quieras.

—No te preocupes. Mientras estés cerca de mí, es suficiente para mí. Tú eres mi hogar.

—¿Incluso después de lo que acabas de ver? —preguntó, ahora junto a ella me aterroriza que empiece a temer esa parte de mí, que de alguna manera piense que puedo ser así con ella, solo que no sabe que antes de ponerle una mano encima prefiero volarme los sesos.

—Sabía en lo que me metía y no voy a volver —me da una sonrisa tranquilizadora.

La abrazo y le digo de nuevo que la quiero. Sueno como un maldito disco rayado y no me importa.

Tengo que decírselo.

Necesito que lo sepa.

La quiero mucho.

Haré cualquier cosa por ella

Epílogo: Blizzard

Todos estamos en la gran sala bebiendo, fumando o algunos follando. Los hermanos han hecho un buen trabajo para arreglar el lugar. Incluso tenemos un nuevo mural. Es un águila de frente con las alas abiertas y pintada con los colores de Estados Unidos. Es perfecto.

Fue la chica de Snake quien tuvo la idea.

Nadie me culpó por el desastre que hice. Podrían haberlo hecho, pero no lo hicieron.

Todavía no he tenido la oportunidad de agradecer a Snake su apoyo. Al mismo tiempo, no está en su mejor momento.

Cuando llega Smart, puedo decir con certeza que es por mi propio bien. Su complexión es tan pálida como si hubiera visto un fantasma. Así que sospecho que se las arregló para romper el sello de mi archivo y leerlo.

Me mira incómodo mientras se acerca a la mesa del Prez. Le dice algo al oído y Slayer se levanta.

—Snake, Judge y Blizz, en mi oficina.

Todos nos levantamos y le seguimos. Nadie habla. Snake solo me aprieta el hombro para mostrar su apoyo.

No quiero ir allí. No quiero estar ahí cuando descubran mi pasado, mi infancia.

Sin embargo, los sigo.

Porque es el momento de confiar.

Porque es hora de deshacerme de mis demonios.

Y, sobre todo, porque es hora de dejar de tener miedo.

Y sé que no podría hacerlo solo.

Entramos en el despacho del presidente y Smart habla.

—Este es el archivo de Blizz, el que Snake me pidió que descifrara. Quiero advertirte que quería leerlo. Pero no llegué muy lejos. Es... No hay una palabra para eso. Lo siento, Prez, pero prefiero no quedarme.

Slayer coge mi expediente y despide a Smart.

Abre la solapa. En la segunda página, su cara cambia de color.

Siempre tiene ese efecto en la gente. Pero Slayer sigue leyendo hasta el final y luego cierra el archivo y se lo entrega a Snake.

—Tendremos que hablarlo con los demás, aunque no sea... Fácil. Tomaremos el tiempo que sea necesario.

Agradezco que no haya utilizado la palabra «agradable». Los psiquiatras y los trabajadores sociales me han dicho esta frase de mierda: «Sé que no es agradable», o «sé que es desagradable hablar de ello»

Pero no, no lo saben y no, no es desagradable. Es un infierno hablar de ello. Es un infierno solo pensar en ello. La sensación de morir con cada puto recuerdo.

—Pero por el momento —continúa Slayer—. Solo tengo una pregunta. Y quiero una respuesta.

—Te responderé —digo con una determinación que me sorprende.

Confío en Slayer. Desde que lo conocí, supe que era de confianza.

—¿Por qué te asustaste el otro día?

—El tipo que vino a verme, mi abogado. Me dijo que mi padre acababa de salir de la cárcel. Todos los recuerdos que intenté olvidar durante años... Todo volvió con el impacto de una gran ola. Y yo estaba muerto de miedo.

Eso es todo.

Sigue con la historia de Blizzard y Cherry.